TEMAS SENSUALES



A. MARTIN DE LUCENAY

EL DESPERTAR DE LA SENSUALIDAD

UNA PESETA

COMO SE IMITA LA VIRGINIDAD

TEMAS SEXUALES

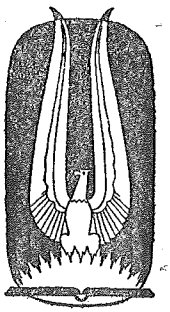
BIBLIOTECA DE DIVULGACION SEXUAL

4

DR. A. MARTIN DE LUCENAY

COMO SE IMITA LA VIRGINIDAD

Los entusiastas de la virginidad.—Contra la incomprensión, el fraude. — Los remedios antiguos...—...Y los fraudes modernos. — El fraude en su aspecto psíquico.—Los aspectos del "flirt".—Los pueblos frente al fraude.—La nueva moral sexual.



EDITORIAL FENIX

FERRAZ, 27.—APARTADO: 8025.—MADRID

PRIMERA EDICION
ENERO 1933

DERECHOS
RESERVADOS

PRINTED IN SPAIN

IMP. ZOILA ASOASIBAR.—MARTIN DE LOS HEROS, 69.—MADRID

PROLOGO DEL TEMA

EN el comercio carnal, como en todos los comercios, tanto más vale la "mercancía" cuanto más llena las aspiraciones o las necesidades del consumidor. Esto, si no es un aforismo mercantil, merecería serlo.

Los productos similares a otros, acaso iguales o tal vez mejores, cuando ya han logrado acreditarse en el mercado de una manera eficiente, adoptan nombres semejantes o muy parecidos, siempre con la sana intención de ampararse en el nombre o en el crédito obtenido por la especie acreditada. Si no fuesen buenos esos productos, nadie sentiría la necesidad de imitarlos en todo lo posible. Generalmente, las imitaciones, toscas y vulgares, cuando logran introducirse de esta forma subrepticia, el fabricante, en cierto modo, ha cometido un fraude que, aunque no entre de lleno en el campo de la ley, en el aspecto moral no puede decirse lo mismo. Es un engaño manifiesto, aunque más o menos leve.

La necesidad acredita el producto, y la necesidad se exterioriza—lo dijo Perogrullo—por medio de la demanda. Pedid, por ejemplo, judías, y siempre os dirán que son del Barco, aunque se hayan recolectado en la huerta valenciana. Naturalmente, es necesario pagarlas un poquito más caras. Y esto, sin eufemismos de ningún género, ya no es un fraude: se le llama robo.

¿Y a qué viene todo esto?, se preguntará el lector.

Calma, señor mío. Si parece un poco extraño que comparemos a la virginidad con las judías del Barco, lo hacemos porque no recordamos, de momento, extremos más acreditados en el ánimo popular que sean más dignos de compararse que la reputada leguminosa del pueblo abulense y la virginidad de una doncella, siquiera porque el crédito alcanzado por ambas cosas en el mercado se presta a innumerables combinaciones capaces de hacerlas buenas y dejar al consumidor plenamente

satisfecho de la bondad indiscutible del producto que ya empieza a digerir...

En ambos casos, yo no culpo a la mujer ni al comerciante: la responsabilidad verdadera de esos fraudes pertenece por entero al hombre y al consumidor; esto es, que si la demanda no fuese tan excesiva y no se plantease en términos de tal intransigencia a veces, una y otro no se harían acreedores al dictado, por lo menos, de defraudadores o de ladrones...

En todos los pueblos y en todas las épocas en que la virginidad se ha considerado como el exponente del honor matrimonial y garantía de pureza de la desposada, la ausencia o la presencia de este dato, física y moralmente apreciado, señalaba la ruta a seguir en la estimación íntima y pública de toda la vida futura.

Pero en unos tiempos como en otros, la Humanidad ha estado siempre expuesta a incurrir en debilidades, y la mujer, más frágil, no había de evadirse al imperio de la regla general. Estas debilidades femeninas traían como consecuencia irremediable la pérdida del dato estimadísimo. Pero no importaba demasiado el accidente. La "mercancía" averiada, mediante unos aderezos inteligentes, podía pasar por legítima y sin estrenar aunque ya hubiese servido para vestir dignamente a más de cuatro aventuras demasiado sabrosas para que no dejasen sus huellas en la carne y en el alma...

Esto, repito, ha ocurrido siempre. Los métodos y procedimientos del disfraz no hay duda que fueron perfeccionándose con el correr del tiempo y de la civilización. La estulticia del hombre, su ambición, su erotismo o su honor, lo han querido así: era necesario que así fuera para que la sociedad no se derrumbase, en parte, falta de los necesarios sostenes para su perfecto equilibrio.

La mujer, incapaz de vencer a su instinto como lo es el hombre, hubo de empeñarse en una lucha sorda y terrible contra el hombre y el instinto. Si sucumbió a éste, casi siempre vence a otro. ¿Cómo? Vamos a verlo.

LOS ENTUSIASTAS DE LA VIRGINIDAD

El himenólatra y su doctrina.—Psicología del himenólatra.—Las teorías de Coutts.—Biología y ley natural.—Selección artificial.—Frenos del instinto.—El ejemplo animal.—Culto a la virginidad.—Atracción erótica del himen.

Los himenólatras debieran de haber formado una secta, como la de cualquier agrupación de seres originales encaminados en la vida por la ruta de consecución de objetos absurdos. Hubiera sido curioso que sus estatutos, fundamentados, naturalmente, en la esencia de su doctrina, se hubiesen hecho públicos. ¿Qué enseñanzas propondrían a la Humanidad como basamento de su razón de ser?...

Es bien seguro que los orígenes de toda su actuación, el *primum movens* de toda su orientación, se asentaría sobre las bases del más insigne y bestial egoísmo que hubiera movido a seres organizados.

No obstante, en la sociedad actual nos encontramos a diario con hombres de esta catadura intelectual que evidencian su intransigencia en sus palabras y en su conducta. Después, amando tanto a la virginidad, hasta el extremo de que constituye un motivo obsesionante en sus ambiciones, cuando sus instintos o su dinero les ponen al alcance una doncellez auténtica desde todos los puntos de vista, la aceptan, la destrozan y la desprecian después.

Pero esto no importa. Caldeados sus instintos por las llamas crepidantes de la sensualidad desatada, convertidos perennemente en faunos más que en hombres, no vacilarán nunca en apoderarse, de grado o por fuerza, de este objeto típico de sus ambiciones.

Estos hombres, a los que la práctica pudiera convertir en verdaderos expertos, resultan los más incapaces para comprender hasta dónde puede llegar la habilidad de una mujer que se proponga engañarles. El himenólatra, desde luego, necesita de las pruebas cruentas de la desfloración y no estima que haya otro signo capaz de persuadirle tan completamente.

El erotismo de estos tipos es completamente cerebral, y, por lo tanto, apenas si buscan la satisfacción de sus apetitos sexuales en prácticas que para cualquier hombre bien orientado resultarían poco menos que anormales.

Por regla general, suelen prescindir de la estética en la demanda de sus afanes. La belleza femenina les preocupa muy poco: lo esencial es que sea virgen, y, además, que ello conste en el círculo de las amistades del himenólatra, pues de otra forma la empresa carecería de los alicientes del orgullo, la vanidad y, en fin, todos esos recursos determinantes de su anhelo, completamente morboso.

Por testimonios de prostitutas y mujeres fáciles que fueron iniciadas por estos individuos en las cuestiones sexuales, si es que a este hecho se le puede llamar iniciación, sabemos que el acto carnal se llevó a cabo sin ninguna preparación ni deseo por parte del violador de ser grato a la desflorada. Solamente el instinto excitado en grado superlativo es el móvil que les guía, y la única ambición estriba en el hecho sádico de ver a la virgen palpitar de asombro y de dolor. Naturalmente, una vez que la desfloración ha sido consumada, aquella mujer pierde todo el encanto, y entonces el entusiasta de la virginidad reanuda sus gestiones en busca de nuevas víctimas que inmolar a su sexualidad enfermiza.

Los tratadistas no parece que han estudiado el tipo del himenólatra de una manera profunda, capaz de evidenciar la forma en que funcionan los resortes psíquicos de su animalidad. Su catalogación en el índice de los sádicos sanguinarios no parece oportuna para definirla. Los orígenes de esta perversión es preciso buscarlos en el análisis anatómico de su cerebro, aunque yo estimo que donde más justamente ha de radicar el morbo es en la atonía indudable del corazón que ha dado lugar a una especie de atrofia de las fibras más nobles del sentimiento.

Esta apreciación, un tanto lírica, no está exenta de verdad. Yo creo que estos individuos, insubordinados con los mandatos de la moral, obtienen cierta voluptuosidad violando esos principios éticos, por el solo hecho de ser conscientes de que, hasta cierto punto, cometen un delito.

Desde el punto de vista biológico, tampoco tienen disculpa oportuna, ya que su intención no es la de procrear, y, lejos de esto, esa consecuencia es la que más preocupa al himenólatra cuando no puede realizar el acto con todas las garantías de impunidad que apetece.

No admito, por tanto, la actitud indulgente que mi maestro el doctor Coutts observa en la apreciación de los delitos sexuales, puesto que se sitúa en un plano biológico intransigente, cuya aceptación equivaldría a querer trastornar de un golpe la estructura moral de la Humanidad, ya que, a pesar de todo, hay que admitir la ingerencia de esas leyes consolidadas en la ética de muchos siglos.

Refiriéndose, por ejemplo, al rapto, dice que si analizamos desde un punto de visto biológico los fundamentos en que descansa este delito, hay que admitir que los fundamentos faltan por completo. Raptar—dice—, según los diccionarios, es sinónimo de robar; pero el que rapta a una mujer nada roba, puesto que lo hace con el exclusivo propósito de cumplir con una función fisiológica que todo su mundo celular le demanda y que la sociedad le impide cumplir libremente.

Sostiene además, en apoyo de su tesis, que el hombre contemporáneo, dividido en castas, separadas unas de otras, no por graderías como pregonan los ilusos, sino por abismos, está moralmente impedido de pretender a las mujeres de clases que no sean la suya y legalmente obligado a abstenerse de luchar por conquistarlas. Sin embargo, ante el deseo vehemente de cumplir por la cópula con la razón de su existencia, toma para sí violentamente o por engaño la mujer de sus deseos, desafiando la ira de sus congéneres y la inflexibilidad de las leyes.

E insiste aún: "La sociedad se horroriza, clama y vocifera para que se aprehenda al delincuente y se le castigue de manera ejemplar, especialmente si la mujer es de buena reputación, de clase elevada, diríamos nosotros, interpretando el verdadero sentir de la clase social dirigente. Pero si la mujer es de mala reputación, es decir, si ha tenido el valor de prescindir de las imposiciones de la colectividad en cuyo seno vive, el clamor del público es menor o nulo. y el castigo que las leyes imponen en este caso para satisfacer la algolagnia latente de los seres humanos es también menos severo."

Antes de manifestar con otras razones nuestro desacuerdo con el sabio biólogo, reproduzcamos, por último, otro pasaje muy interesante de su estudio: "La violación, delito que encarna el acto de violar, o sea, gozar por fuerza de la mujer, también carece, a nuestro juicio, de fundamentos biológicos, y las razones serían las mismas señaladas para el rapto. Sin embargo, es menester reconocer que aunque desde nuestro punto de vista encontraríamos razón al individuo que viola a una mujer puber, es decir, que ya ha menstruado y está en condiciones de ser fecundada, por necesidad fisiológica, no acepta-

naturalmente, cuando el delito no vaya acompañado de desórdenes o escándalo público.

A mi juicio, en este punto, padece una equivocación notable: Dice que cuando la ofendida pertenece a la clase elevada, la sanción social se muestra más feroz, o poco menos, que si fuese de condición humilde. Y no estoy de acuerdo. Creo que el sentimentalismo del pueblo bajo es infinitamente más puro y más agudo que la sensibilidad de las castas superiores, entre las cuales, por este concepto ancestral del espíritu de casta que llaman honor, procuran que el escándalo no trascienda de las paredes de sus palacios. De todas formas, casi siempre se encuentra un responsable de la edición en prensa, porque el dinero da para todo. ¿Pero qué puede hacer la mujer humilde, si no contase con el amparo de las leyes y el apoyo sentimental de las gentes de su clase?... No olvidemos que el himenólatra, el mayor entusiasta de la virginidad, es casi siempre "el señorito" o "el hijo del señorito". Y si estos crímenes se cometen, aun con el consentimiento de la virgen, en nombre de la biología, podemos decir que tal ciencia, según la considera Coutts, es preferible que desapareciera para siempre y sin dejar el más mínimo rastro...

De la violación, ya hemos visto que dice lo mismo que del rapto. Pero no es posible ampararse en esa ciencia para violar no ya las leyes escritas por los hombres, sino hasta las que se derivan del derecho natural basado en un concepto de libertad común. Según estas teorías, todos los actos, tanto contra las personas como contra las cosas, serían legítimas y naturales, puesto que obedecían a una necesidad para subsistir. El instinto de matar, el de robar, etc., no serían más que un producto lógico de la vida, que imponía tales disciplinas dictadas por el fuerte contra el débil.

A mi modo de entender la cuestión, Coutts se contradice de manera manifiesta cuando reconoce que en la especie humana suceden las cosas de idéntica manera que en el mundo animal, según afirma en su monografía *El adulterio,* y casi a seguida de sus afirmaciones anteriores.

Por último, sólo condena a los violadores de impúberes, por esas mismas razones que aduce, y entonces es cuando se digna diferenciar el hombre de los animales.

Luego si admitimos la definición de Ellis de que el himen de la mujer desempeña la función biológica de contribuir a la selección sexual constituyendo una barrera para la fecundación por machos débiles, teniendo en cuenta que esa tendencia a la desfloración pertenezca

tanto al orden físico como al psíquico, el himenólatra puede ser conceptuado como el hombre perfecto por excelencia y el más apto para erigirse en árbitro de la selección sexual. Ahora bien, como a esta circunstancia habrán de ir unidas otras cualidades tan importantes como las que requiere la mujer para entregarse a un hombre, cuales son las de la delicadeza, la galantería y la inteligencia, es fácil que dicha propiedad quedase sensiblemente anulada al enfrentarse con el objeto esencial al ejercicio de esas funciones.

En pueblos donde no se concede a la virginidad esa importancia capitalísima y ese valor moral—y hasta material—incalculable, como en Madagascar, por ejemplo (1), el oficio de desflorador constituye una profesión rigurosamente honesta, imprescindible para la perfecta vida sexual de aquellos indígenas. El desflorador aquí, siempre un curandero, un "médico", en suma, desempeña una función social considerada y retribuída, aunque sus métodos terapéuticos sean incomprensibles para los civilizados y sus fundamentos mágico-religiosos, o sencillamente empíricos, escapen a nuestra meditada estimación. Pues entre un desflorador *sakawe* y un himenólatra europeo, moralmente, me quedo con el primero, aunque su falta absoluta de civilización pudiera hacerle despreciable a los ojos de un sociólogo o de un pretendido moralista.

Entre los antiguos romanos, el himenólatra auténtico era el adorador de la virgen por el solo hecho de serlo; pero del de aquellos tiempos al de los actuales, no hay duda que media un verdadero abismo.

En algunos pueblos primitivos de Asia, Africa, América y Oceanía, también se rinde a la virginidad un culto semejante: pero carezco en absoluto de datos en los que poder basar la afirmación de que existen otros hombres, aparte de nosotros, los civilizados, en los que el hecho de desflorar a una mujer pueda traducirse por un afán grato y pródigo en máximas voluptuosidades, como demuestran nuestros himenólatras con sus hechos, y, lo que es peor aún, con sus declamaciones.

Por lo tanto, la tendencia de estos donjuanes especializados en la desvirginización estimo que es fundamentalmente patológica, puesto que ni aun recurriendo a la biología podemos encontrar una explicación racional de esa conducta. Considero más biológico el hecho, sometiéndose a los imperativos del instinto y del impulso sexual, que

(1) Véase el volumen II de TEMAS SEXUALES, titulado *La virginidad.*—*(Nota del editor).*

un hombre rapte y viole a una virgen o a una mujer que no lo sea, porque en este caso, aunque la consciencia de la virginidad en la primera pueda ser un estímulo erótico de primer grado, el objeto no es la desfloración, sino la posesión, en cuyo caso la membrana himen ya sí que puede representar un obstáculo entorpecedor para la más fácil realización del objeto perseguido. Generalmente al himenólatra no se le puede llamar violador en el sentido puramente legal, en primer lugar, porque su egoísmo no le deja margen a preferir las empresas difíciles, sino que éstas han de desenvolverse dentro de la máxima comodidad, y, en segundo órden, su cobardía, o mejor su falta de decisión, constituye un freno para no incurrir en peligrosas responsabilidades derivadas del acto.

CONTRA LA INCOMPRENSIÓN, EL FRAUDE

Glorificación de la virgen.—El desprecio a la mujer. — El instinto sexual. — Casos demostrativos.—Impulso sexual en la mujer.—Igualdad de derechos sexuales.—Instinto de reproducción.—La moral exige el fraude.—La investigación del novio.—Enseñazas provechosas.—Un consejo.—La mujer se defiende.—Hombre y mujer.—Las armas de ella.

DESDE que el mundo es mundo se ha considerado a las mujeres unas veces como elemento sobrenatural en la vida, más o menos superiores a los hombres, y otras se las ha estimado como encarnación del instinto sexual y como particularmente indicadas a exhibir las manifestaciones típicas de ese instinto.

Al hacer su aparición el Cristianismo, ambas tendencias se fundieron en una sola, debiéndose al espíritu ascético de dicha religión la condenación de la sexualidad para lograr la glorificación de la virgen. La mujer que ejercía las funciones sexuales fué considerada desde entonces con verdadero desprecio, y ese sedimento se va disolviendo muy lentamente en el concepto de la civilización moderna, incapaz de comprender que el instinto sexual de la mujer, lo mismo que el del hombre, ha de llevarla, necesariamente, por derroteros que, aunque fundamentalmente biológicos y basados en razones naturales, están entorpecidos y obstruídos no sólo por las leyes teológicas, sino por los sofismas de una moralidad convencional, que huye a toda hora de los designios legítimos de la Naturaleza.

Dice Ellis que en los tiempos antiguos los hombres censuraban a las mujeres por su concupiscencia o las alababan por su castidad; pero, al parecer, estaba reservado para el siglo XIX el afirmar que las mujeres son congénitamente incapaces de experimentar la satisfacción sexual completa y están particularmente sujetas a la anestesia sexual. Esta idea no parece que fuese conocida durante el siglo XVIII. Diderot, por ejemplo, que tan francamente describió las emociones

sexuales, y que adopta una actitud tan simpática por las mujeres, nunca, en cuanto puedo recordar, menciona que ésta fuese una de las incapacidades que las mujeres estuvieran expuestas a padecer. Durante el último siglo, sin embargo, especialmente en Inglaterra, Alemania, Italia y España, se ha emitido con frecuencia esta opinión, algunas veces como cosa evidente, con un matiz de desprecio o piedad hacia las mujeres atormentadas con las emociones sexuales.

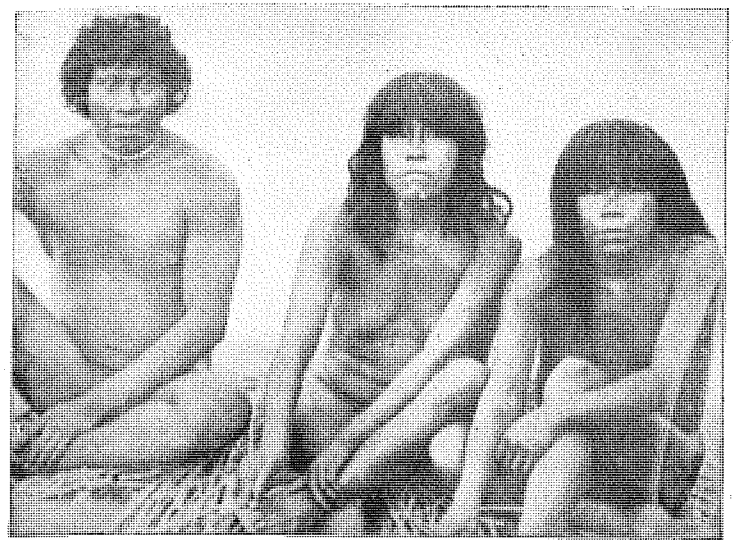
El doctor Venette escribía en el siglo XVII, en su libro *Tableau de l'amour conjugal*, que en materia de amor, los hombres no son más que niños comparados con las mujeres. En estas materias, las mujeres tienen una imaginación más viva, y generalmente tienen más espacio para pensar en el amor. Las mujeres son mucho más lascivas y enamoradas que los hombres.

Montaigne también ha tratado esta cuestión con su habitual sabiduría en fecha mucho más reciente, y, aunque indicando que los hombres han impuesto a las mujeres su propia regla de conducta y sus propios ideales y las han exigido virtudes opuestas y contradictorias, sostiene que las mujeres son incomparablemente más aptas y más ardientes en el amor que los hombres, y que en esta materia ellas saben siempre mucho más que ellos, porque es "una disciplina que ha nacido en sus venas".

En Escandinavia, según Vedeler, las emociones sexuales son, por lo menos, tan fuertes en las mujeres como en los hombres. En Suecia, el doctor Eklund, haciendo observar la enorme proporción de nacimientos ilegítimos, afirma: "Apenas oíamos a alguien decir que una mujer había sido seducida, sencillamente porque el deseo es mucho más fuerte en la mujer, que, por regla general, es la seductora."

En el lado opuesto del Báltico se ha hecho la misma observación. Las relaciones antes del matrimonio son la regla en la mayor parte de las aldeanas de este distrito agrícola, entre las clases trabajadoras, con o sin intención del subsiguiente matrimonio: "las muchachas son, con frecuencia, las seductoras, o, por lo menos, son muy voluntarias; tratan de obligar a sus amantes, y les compelen al matrimonio".

El doctor Wittemberg dice que en el distrito de Pomerania, donde las relaciones entre las muchachas y los jóvenes son comunes, "las muchachas van a las habitaciones de los jóvenes con más frecuencia que los jóvenes a las de las muchachas". En otras partes de Alemania, las muchachas se entregan ellas mismas a los jóvenes, y hasta los seducen algunas veces, pero no siempre con la intención de matrimonio.

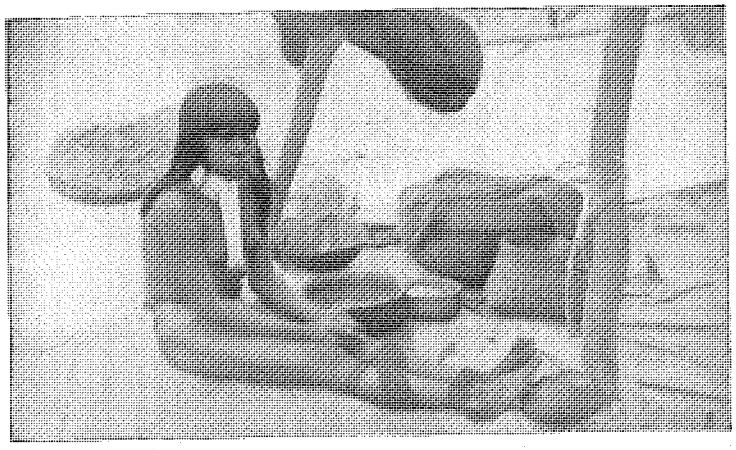


A. Indios brasileños del Paraná.

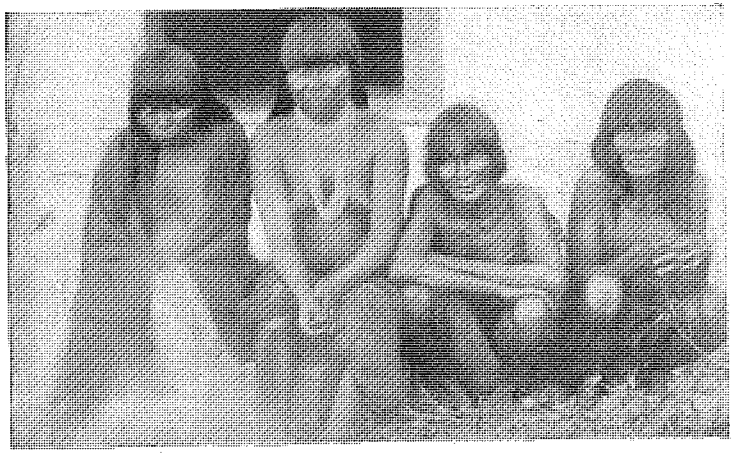


B. Indias de la misma región, catequizadas por las misiones.

LAMINA



A. Muchacha "karaja". Estas jóvenes comienzan las relaciones sexuales a la edad más temprana, siendo sus atractivos para el matrimonio tanto más cautivantes cuanto mayor ha sido el número de hombres que las acariciaron.



B. Dos jóvenes "karajas" y las remendadoras de sus virtudes. Las ancianas, expertas en todo, las han aconsejado el empleo de las hojas y bayas del "quino", que se disponen a utilizar en forma adecuada.

LAMINA II

Comparando estos pueblos de civilización superior a la nuestra, o de cultura más acreditada, si tomamos como base las estadísticas de analfabetismo, veremos que la libertad sexual es el producto de un mayor grado intelectual, y, por tanto, no hay que atribuir estos supuestos delitos sexuales a la incultura, como intentan demostrar algunos pretendidos moralizadores de las costumbres.

Un médico legista de tanto relieve como Mantegazza ha dedicado su atención a este asunto en varios de los libros que ha publicado durante los últimos cincuenta años, y opina que las emociones sexuales son más fuertes en las mujeres que en los hombres y que tienen un goce mucho mayor. En su *Fisiología del Piacere* sostiene esta opinión y habla de la mayor complejidad del aparato genital de las mujeres y de su mayor superficie y posición más protegida, de lo que considera como la sensibilidad mayor de las mujeres en general, de su pasividad, etc., y sostiene que el placer sexual es más seductor para las mujeres por el misterio de que le han rodeado el pudor y nuestras costumbres sociales.

En otra obra más reciente acerca de fisiología femenina, vuelve a ocuparse de este asunto y observa que una larga experiencia, aunque ha confirmado su primera opinión, la ha modificado en el sentido de que ahora cree que, comparada con la de los hombres, la emoción sexual de las mujeres varía dentro de límites mucho más amplios.

Clouston dice que en el sexo femenino la reproducción es una función más dominante del organismo que en el masculino y tiene relaciones mucho mayores, si no más intensas, con el sentimiento, el juicio y la voluntad.

"Puede decirse, asegura Marro, que en las mujeres el sistema visceral reacciona, si no con mayor intensidad, ciertamente de una manera más general a todas las impresiones que tienen una base sexual, que domina la vida de las mujeres, si no con una emoción sexual propiamente dicha, con emociones aliadas, que dependen íntimamente del instinto reproductivo."

Un ginecólogo de tanto prestigio como el doctor Kisch afirma su creencia de que "el impulso sexual es tan poderoso en las mujeres que, en ciertos períodos de su vida, su fuerza primitiva domina su naturaleza entera, y no deja espacio para ningún argumento concerniente a su reproducción; por el contrario, se desea la unión, a pesar del temor de la reproducción o cuando no pueda haber cuestión

sobre él". La ausencia del sentimiento sexual en las mujeres, la considera francamente patológica.

No sólo las opiniones de los tratadistas, sino los hechos evidentes demuestran que el impulso sexual en la mujer debe ser, por lo menos, equivalente al del hombre. Pudiéramos decir, ateniéndonos a las referencias copiadas de Vedeler, Eklund y Wittenberg, que este impulso se manifestaba con más fuerza en la mujer que en el hombre, prueba evidente de que el hecho existe. Pero, repito, que concediendo el mismo grado impulsivo a los dos sexos, desde el punto de vista biológico la mujer debe de tener la misma libertad que el hombre para expresar las manifestaciones de su sexualidad.

De aquí se infiere que el pudor, la honestidad, el honor y hasta la abstinencia sexual de la mujer están impuestos por la civilización o por las costumbres, pero en ningúna caso por la Naturaleza. Y si queremos decirlo de otra manera, afirmaremos que todos estos frenos han inducido a la mujer a adoptar una moral hipócrita y antinatural.

Apelamos a este punto al criterio sincero de los hombres bien constituídos, y si son conscientes de la veracidad indiscutible de estas razones biológicas, comprenderán fácilmente que la mujer tiene los mismos derechos y debe tener idéntica libertad para practicarlos.

Es evidente que la constitución orgánica de la mujer la permite evacuar sus necesidades sexuales en la esfera autoerótica sin detrimento alguno para su economía ni para su moral. Pero esta conformidad es susceptible de prestarse a ciertas negaciones si tenemos en cuenta, no ya los dictados del impulso, sino los imperativos del instinto de la maternidad, que se advierte en la mujer en los primeros años de su vida.

Ese instinto de reproducción que se manifiesta mucho antes de la pubertad, es fácil que en esa época no necesite de satisfacciones específicamente sexuales; pero si admitimos la existencia de la masturbación como recurso autoerótico, convendremos en que el impulso necesita ser satisfecho por los procedimientos naturales. No obstante, apartémonos de estos fenómenos tan frecuentes y analicemos a la mujer en plena pubertad o en completa madurez, cuando ya es demasiado apta para ser fecundada. Entonces nos encontramos con que el recurso completo para la satisfacción del instinto no puede obtenerse por otros medios que los que el mismo instinto reclaman tan imperiosamente, pese a las trabas impuestas por la moral, los prejuicios sociales o las prohibiciones de índole económica, incapaces todas juntas

de contener las manifestaciones de ese impulso perfectamente despierto y ansioso de expresar su vitalidad.

Sé de antemano que estas teorías, a mi juicio razonables, no pueden encontrar un eco adecuado en el sentimiento de la colectividad. Particularmente, puede haber un hombre que, comprendiendo la fuerza de tales razonamientos, llegue a prescindir de los anatemas sociales y disculpe a la mujer que, no en un momento de debilidad, como dice el tópico, sino en un instante de impulsión incontenible, entregase a su galanteador el supuesto tesoro de su virginidad, cuya pérdida nada le importaba con tal de satisfacer los anhelos vehementes de su instinto o de su impulso sexual.

De una forma o de otra, puesto que la primera cópula, cuando el himen existe, trae como resultado su destrucción en la inmensa mayoría de los casos, ya tenemos a la mujer desprovista de lo que antes fué el fundamento insigne e insustituíble de su honorabilidad. Ella sabe que en el mercado del matrimonio, su cuerpo ha sufrido una depreciación enorme. Durante algún tiempo, no podrá sustraerse a la convicción de que puede compararse con cualquier ramera y que su valor moral no supera al de la que ya ha realizado numerosas transacciones sexuales. Después, el tiempo y los consejos de alguna amiga que está en el secreto de sus cuitas, se encargan de mitigar los efectos del desastre moral y anatómico, ya que existen recursos para todo...

Hemos visto el caso de la mujer consciente de que la pérdida de su virginidad ha ocurrido de forma irreparable. Pero veamos el de aquella que, sin el menor motivo presumible, sin el menor contacto con un hombre, llega a enterarse de que en sus genitales no conserva el signo codiciado por el hombre, ya porque jamás lo haya poseído, ya porque, sin advertirlo, como dijimos al tratar de la virginidad, haya perdido el atributo físico.

Admitiendo el arraigo que en la opinión vulgar tiene la certeza de que a ninguna virgen puede faltarle el signo, la infeliz, visitada por una comadrona o por un médico amigo, se verá en el infinito dolor de reconocer que no puede ofrecer al que un día será su marido el marchamo de garantía de su absoluta integridad, no sólo física, sino que moral también. No es posible comprender que una cosa no haya de ir necesariamente vinculada a la otra.

La moralidad imperante la habrá enseñado hace mucho tiempo cuál es la importancia que algún día tendrá para su vida la presencia o la ausencia de ese documento acreditativo de su honor. Siempre, al oír hablar de cualquier cuestión relacionada con la función de los sexos,

habrá sentido el orgullo íntimo de saberse virgen y casta, o virgen nada más... Pero el día que advierta que la prueba no existe más que simbolizada en unos colgajos membranosos, en unos restos insignificantes o en unas señales remotas, la consciencia de su error será bastante para provocar en su ánimo un malestar tan hondo, que puede degenerar en locura.

En ambos casos, no tiene nada de particular que, llegado el instante de las confidencias de su enamorado galán, éste provoque, como al azar—aunque el móvil sea morboso—, la conversación sobre el punto que él estima fundamental para su dicha futura: la noche de la desfloración. Eufemismos, reticencias, frases de dudoso sentido... Todo, con tal de obtener el anticipo verbal preciso para robustecer su tranquilidad de que la amada es virgen, deleitándose, de paso, con la evocación futura de ese momento trascendentalísimo de la violación legalizada.

Ella, naturalmente, rehusará hablar del tema. Dirá que nada sabe de su anatomía íntima, y nada quiere saber.

—¿No te basta que yo te diga que jamás fuí de nadie?...—replicará con aire ofendido.

Pero en medio de todo, sentirá el remordimiento de lo que hizo o de lo que no ha hecho, aunque la conclusión sea que, físicamente, tiene pruebas de no ser virgen.

Si la mujer no sigue esa táctica, llegará la noche fatal, y él, enardecido, después de la laxitud orgánica motivada por lo rienda suelta que dió a los potros salvajes de su animalidad, aún tendrá tiempo de examinar las sábanas del lecho o las ropas íntimas de la recién desflorada, y entonces comprabará que no hay una sola gota de sangre que delate lo cruento que necesariamente, según su criterio, debió ser el holocausto de la virgen.

Y después, casi siempre, surgirá con el primer motivo de desavenencia la tea crepitante que encenderá el escándalo, y, al final, el infortunio. Ella, es fácil que tenga madre, hermanas, amigas... Referirá la tragedia irremediable, pues lo sucedido servirá siempre al esposo de motivo inagotable de desconfianza. La felicidad ha muerto al nacer, y los motivos no tardarán en trascender a todo el círculo de relaciones de ambos esposos, porque él también es posible que tenga confidentes en quienes descargar la amargura de su desdicha.

Entonces el accidente ya es bastante para convertirse en ejemplo y lección, dignos de aprovecharse. En el ánimo de la casadera, que ha conocido el drama íntimo de su amiga, empieza a larvarse una preocupación, que dará sus resultados. Ella está en relaciones con un muchacho rico, simpático, con porvenir: lo que se llama un buen partido. Pero hasta entonces no concedió gran importancia a las pruebas de su virginidad, puesto que la conciencia, verdadero crisol de todos sus actos, no la reprochaba nada. O, al contrario, una vez con un amigo, un criado, un cualquiera... Y entonces surge imperiosa la necesidad absoluta de prevenirse contra esos resultados, que pueden serle fatales. Y piensa:

—Mi prometido es bueno y me cree pura; pero, ¿y si no se lo parezco, como le ha ocurrido a mi amiga Equis?...

Si la mujer se atiene al resultado de este punto de meditación, entonces está salvada. Ella, ¡qué duda cabe!, parecerá tan virgen como la madre de Cristo, y acaso más.

De otra forma, si moralmente siempre fué virgen, pero físicamente no lo fué nunca, también habrá precisión de recurrir a todos los artificios imaginables para demostrarlo cumplidamente, hasta el extremo de que el marido intente reclamar la presencia de un médico para contener la abundantísima hemorragia en que se ha resuelto la ruptura del himen. Yo aconsejo lealmente a aquellas mujeres que duden de la existencia de su virginidad, que un mes antes de casarse se hagan reconocer por un ginecólogo de verdadera solvencia. Y si el médico dice que, por cualquiera causa, el himen no existe, entonces, lectoras, decidíos a todo. Ya que la verdad no sirva para demostrarlo, recurrid a la mentira, al artificio, al fraude. Si él estima que sólo en eso se fundamentan las bases de toda su felicidad, dejarle que así sea infinitamente feliz. Total, bien poco trabajo cuesta...

En los pueblos civilizados, cuando un marido tipo himenólatra advierte la falta de las pruebas que él considera precisas, lo más que puede ocurrir es la separación o el divorcio. Pero en esos países incultos donde la esposa es entregada al marido para ser castigada, ya se paga, por lo general, con la vida. Ciertas colonias israelitas y muchos pueblos musulmanes tienen la feroz costumbre de lapidar a las mujeres que incurren en este trance.

Todo ello, como es lógico, y ante la brutalidad de las penas morales y materiales, ha provocado una reacción defensiva en el ánimo de la mujer, y esa defensa primordial contra tanta incomprensión, se ha refugiado en los recursos que conducen al fraude.

Yo he tenido la curiosidad de ir recopilando casos de esta naturaleza, tanto sirviéndome de mis propias observaciones como del testimonio imparcial de corresponsales, médicos o no, que me han facili-

tado tan interesante anhelo informativo. Algunos de dichos casos me propongo exponerlos en el presente tema, porque sus enseñanzas no dejan de ser ricas en datos del más original interés.

Ya en otro orden de apreciación, las mujeres que llevadas de su impulso o de su inmoralidad van, a pesar de todo, a la caza de un marido o de un amante que pague en buena moneda la codiciada mercancía que ya fué hace tiempo adquirida por otro, piensan que bien merece la pena recurrir a cuanto sea posible. Y de que el éxito corone la empresa, hallando refugio seguro en el puerto del matrimonio, después de haber corrido borrascas y temporales en los mares procelosos del instinto agudizado por una educación equívoca y disoluta.

Los fraudes son muchos y muy diversos. Mas no tenemos escrúpulos en aconsejarlos a aquellas mujeres que, llevando la virginidad en el alma como bandera inarriable de su pureza, como blasón verdadero de los más nobles sentimientos, tropiecen con un hombre que, incapaz de interpretar esa falta, en el peor de los casos, como algo pretérito que en nada puede influir en la trayectoria feliz de su vida; que nada puede significar cuando el amor es del alma y no solamente de los sentidos, se obstine en exigirlo como un fuero imperdonable.

Conste que, principalmente, me refiero a las mujeres que, noblemente arrepentidas de algo que haya habido en su vida, aman ahora lealmente y así esperan ser correspondidas. Porque cuando en una unión de tal naturaleza se persiguen otros fines que no sean la limpia fusión de dos almas, la armonía de dos sentimientos gemelos y la unión eterna de dos seres operada por el milagro sublime del amor verdadero, la felicidad no es posible, o, a lo sumo, duradera.

Y entonces, en tal caso desgraciado, ¿qué se logra con el fraude o que se alcanzó con la entrega de la virginidad completa, cuando la del alma, la más pura, la que debe ser única ya estaba prostituída por otros egoísmos más brutales e insinceros?...

El amor, el amor honrado, es ciego y todo lo comprende, todo lo olvida y todo lo perdona. Es solo el espíritu el que flota siempre sobre la materia, sobre lo mortal y perecedero, que por su miseria, por su insignificancia, no debe ser nunca una barrera infranqueable construída con prejuicios, contra la que puedan estrellarse los anhelos puros de las almas grandes.

Hemos visto que la mujer, como el hombre, es de carne y hueso y que su organismo y su economía tienen necesidad absoluta de evacuar funciones fisiológicas irreprimibles, funciones que no las impone, en la mayoría de los casos, su ser consciente sino el subconsciente, o, mejor dicho, una fuerza misteriosa que se fragua en las células más ocultas, pero tan intensa que es bastante para anular en absoluto todas las energías de la voluntad. En contraste el hombre, más fuerte, constituído de forma que su organismo pueda defenderse con más facilidad de las excitaciones del instinto, goza de la libertad máxima y no hay leyes, ni divinas ni humanas, capaces de oponerse a las prácticas que le aconseje su salvaje independencia, al menos de una manera que por su eficiencia pueda constituir la garantía precisa de que lleva consigo la infalibilidad.

Comprendamos esta verdad y seamos indulgentes. Miremos la vida con serenidad. Y, sobre todas las cosas, si la existencia de por sí ya es bastante para oponer a nuestro paso inquietudes, trabajos y amarguras, en lo que de nosotros dependa, ¿por qué no hemos de procurar ser más justos y más comprensivos como medio eficiente de instituir los principios de la dicha verdadera?...

La filosofía, a veces, debiera ser estimada igual que una ciencia exacta. Estoy convencido, con pena sincera y honda, de que todas estas exhortaciones que dirijo al sentimentalismo de los hombres, no han de hallar en su espíritu y en su conciencia un eco adecuado y digno. Pero, ¡tanto peor para todos! Mientras el hombre, como árbitro de todas las instituciones, no modifique su plan de conducta en el terreno a que nos referimos, la mujer, más débil, más sensible y, dígase cuanto se quiera, mucho más perspicaz e inteligente, dispondrá de armas sobradas para triunfar en la lucha con las máximas ventajas.

El Creador construyó sobre armazones semejantes, dos sexos distintos. Y esos sexos, que son hermanos, son contrarios también. Uno, el más fuerte, impera y ataca; el otro, más débil, obedece y se defiende.

Y en estos términos está planteada la lucha desde que el mundo es mundo.

tado tan interesante anhelo informativo. Algunos de dichos casos me propongo exponerlos en el presente tema, porque sus enseñanzas no dejan de ser ricas en datos del más original interés.

Ya en otro orden de apreciación, las mujeres que llevadas de su impulso o de su inmoralidad van, a pesar de todo, a la caza de un marido o de un amante que pague en buena moneda la codiciada mercancía que ya fué hace tiempo adquirida por otro, piensan que bien merece la pena recurrir a cuanto sea posible. Y de que el éxito corone la empresa, hallando refugio seguro en el puerto del matrimonio, después de haber corrido borrascas y temporales en los mares procelosos del instinto agudizado por una educación equívoca y disoluta.

Los fraudes son muchos y muy diversos. Mas no tenemos escrúpulos en aconsejarlos a aquellas mujeres que, llevando la virginidad en el alma como bandera inarriable de su pureza, como blasón verdadero de los más nobles sentimientos, tropiecen con un hombre que, incapaz de interpretar esa falta, en el peor de los casos, como algo pretérito que en nada puede influir en la trayectoria feliz de su vida; que nada puede significar cuando el amor es del alma y no solamente de los sentidos, se obstine en exigirlo como un fuero imperdonable.

Conste que, principalmente, me refiero a las mujeres que, noblemente arrepentidas de algo que haya habido en su vida, aman ahora lealmente y así esperan ser correspondidas. Porque cuando en una unión de tal naturaleza se persiguen otros fines que no sean la limpia fusión de dos almas, la armonía de dos sentimientos gemelos y la unión eterna de dos seres operada por el milagro sublime del amor verdadero, la felicidad no es posible, o, a lo sumo, duradera.

Y entonces, en tal caso desgraciado, ¿qué se logra con el fraude o que se alcanzó con la entrega de la virginidad completa, cuando la del alma, la más pura, la que debe ser única ya estaba prostituída por otros egoísmos más brutales e insinceros?...

El amor, el amor honrado, es ciego y todo lo comprende, todo lo olvida y todo lo perdona. Es solo el espíritu el que flota siempre sobre la materia, sobre lo mortal y perecedero, que por su miseria, por su insignificancia, no debe ser nunca una barrera infranqueable construída con prejuicios, contra la que puedan estrellarse los anhelos puros de las almas grandes.

Hemos visto que la mujer, como el hombre, es de carne y hueso y que su organismo y su economía tienen necesidad absoluta de evacuar funciones fisiológicas irreprimibles, funciones que no las impone, en la mayoría de los casos, su ser consciente sino el subconsciente, o, mejor dicho, una fuerza misteriosa que se fragua en las células más ocultas, pero tan intensa que es bastante para anular en absoluto todas las energías de la voluntad. En contraste el hombre, más fuerte, constituído de forma que su organismo pueda defenderse con más facilidad de las excitaciones del instinto, goza de la libertad máxima y no hay leyes, ni divinas ni humanas, capaces de oponerse a las prácticas que le aconseje su salvaje independencia, al menos de una manera que por su eficiencia pueda constituir la garantía precisa de que lleva consigo la infalibilidad.

Comprendamos esta verdad y seamos indulgentes. Miremos la vida con serenidad. Y, sobre todas las cosas, si la existencia de por sí ya es bastante para oponer a nuestro paso inquietudes, trabajos y amarguras, en lo que de nosotros dependa, ¿por qué no hemos de procurar ser más justos y más comprensivos como medio eficiente de instituir los principios de la dicha verdadera?...

La filosofía, a veces, debiera ser estimada igual que una ciencia exacta. Estoy convencido, con pena sincera y honda, de que todas estas exhortaciones que dirijo al sentimentalismo de los hombres, no han de hallar en su espíritu y en su conciencia un eco adecuado y digno. Pero, ¡tanto peor para todos! Mientras el hombre, como árbitro de todas las instituciones, no modifique su plan de conducta en el terreno a que nos referimos, la mujer, más débil, más sensible y, dígase cuanto se quiera, mucho más perspicaz e inteligente, dispondrá de armas sobradas para triunfar en la lucha con las máximas ventajas.

El Creador construyó sobre armazones semejantes, dos sexos distintos. Y esos sexos, que son hermanos, son contrarios también. Uno, el más fuerte, impera y ataca; el otro, más débil, obedece y se defiende.

Y en estos términos está planteada la lucha desde que el mundo es mundo.

LOS REMEDIOS ANTIGUOS...

Posibilidad de imitación.—Importania de la apariencia.—La desfloración clínica.—Las primeras teorías.—¿Desaparecerá el himen?—Consejos de un tratadista antiguo. — Tres cualidades. — Recetas. — La sorpresa del baño.—La sangre de cordero.—La receta del médico italiano.—Para reducir los pechos. El viejo remendador.

No hay duda alguna que cuando la virginidad se pierde, lo mismo la del cuerpo que la del alma, no se recuperan jamás. La del cuerpo, la física, el detalle anatómico tan discutido, es imposible de restituir perfectamente. Y decimos perfectamente, porque a veces es posible imitarle tan a la perfección, que un hombre, por muy sagaz que sea, puede ser engañado con relativa facilidad, puesto que en el fraude pueden no faltar esas pruebas accesorias a las que se concede importancia suma, como la hemorragia, la dificultad de penetración del miembro viril, y además, el gritito oportuno que acaba de completar el trasunto más perfecto de la verdadera realidad.

Cuando hablamos de la imposibilidad absoluta de la restitución, lo hacemos colocándonos en un plano completamente clínico. En el orden moral, ya es bastante más aleatorio asegurar que la virginidad inexistente no puede reemplazarse por una copia, no sólo capaz de confundirse con el original, sino tan perfectísimamente hecha, que a su lado, el original mismo, resultaría, en casos infinitos, una copia grosera e indigna semejante por completo al fraude más burdo

¿Luego quién entiende este galimatías?... Pero así es, en efecto. La mujer no tiene bastante con ser completamente virgen: necesita, además, parecerlo. En estos casos, las apariencias falsas valen muchísimo más que la realidad verdadera. Sé de una prostituta del gran mundo, que vendió nueve veces la única rosa de su rosal... Hoy, puesto que aún vive, es propietaria de tres suntuosos palacetes en la bella avenida de Palermo de la extraña ciudad de Buenos Aires. Por cierto que la Policía internacional y los agentes de Ginebra, han

hecho mucho para que la célebre proxeneta no pueda tener muchos momentos de tranquilidad...

El hombre, la sociedad, los prejuicios, el honor familiar y toda esa sarta de voluminosas inmoralidades, lo quieren así. La atracción de la virginidad en el terreno completamente sexual o erótico, solo puede tener un valor definido una sola vez. El hombre la quiere para darse el gustazo de destrozarla por los medios naturales. En los países donde los futuros cónyuges recurren al médico para efectuar el sabio reconocimiento prenupcial, el clínico termina por eliminar el obstáculo, si es que existe, a punta de bisturí, extendiendo un simple certificado acreditativo de la operación realizada. Pero si un meridional fuese invitado a ésto, con gesto airado y violento replicaría que eso no podía consentirlo nadie más que un cornudo.

No bastan los testimonios de anatomistas célebres, de psiquiatras famosos ni de las mismas mujeres que, de resultas del acto brutal y cruento, fueron heridas en su carne y en su alma para recuperar la salud al cabo de mucho tiempo de grandes padecimientos. Ya hemos hablado bastante de ello para volver a insistir, pero es que, a veces, no podemos sustraernos a la influencia constante de tal convencimiento.

Es fácil que los más intransigentes argumenten sus teorías diciendo que esta cuestión no es más que un producto de la civilización del siglo. Y ello es incierto. Hace trescientos años, tratadistas bien famosos que atraían a sus consultorios gentes de todo el mundo, se enfrentaron con esas deformaciones de la moral atacándolas por su base. Hubo protestas en todos los sectores de la opinión conservadora, empezando por los teólogos, y hasta algunos médicos, saliéndose de su campo extricto, combatieron a quienes lanzaban esas teorías calificadas de inadmisibles por inmorales y disolutas.

No obstante, también surgieron adeptos; pero daba la casualidad de que, o todos ellos eran casados, y sin hijas, o estaban lejos de pensar en el matrimonio. Tal aspecto era un síntoma innegable de que las doctrinas, incluso por esos supuestos partidarios, no eran acatadas sinceramente. Luego la influencia de la moral de la época, de la civilización, era evidente. Todo había de estar supeditado a esos dictados intransigentes e irrazonables. De donde se deduce que, de tres siglos a esta parte, no ha sucedido otra cosa, en este terreno, que el transcurso de trescientos años... Las teorías, sobre poco más o menos, han arraigado en el espíritu latino de tal forma, que no

parece tan fácil desterrarlas si no transcurren antes otros trescientos años.

Luego la membrana himen, sigue siendo, entre nosotros, el más férreo basamento sobre que se asienta toda la armazón moral de la sociedad presente. Pasma pensar en lo que ocurriría si ese basamento desapareciese, lo que acaso no tarde en ocurrir. Un anatomista alemán ha dicho, que en ese tabique llamado virginal no debe verse otra cosa que el rudimento de un órgano perfectamente inútil, antibiológico y antihigiénico que está destinado a desaparecer, acaso en una próxima evolución de la raza, lo mismo que ha sucedido con el apéndice o ciertos anillos intestinales o las mamas de los machos.

Escribiendo a una joven devota—dice Venette—, llamada Eustaquion, San Jerónimo interpretaba este bello pasaje de las Escrituras: "La virgen de Israel ha caído, y ya no habrá nadie capaz de levantarla." Y después añadió el santo: "Yo te diré atrevidamente, mi querida hija, que aunque Dios es en extremo todopoderoso, no puede, no obstante, devolver la virginidad a una joven una vez que la haya perdido; puede bien perdonar su crimen; pero no está en su poder restituirla la flor de la virginidad que se ha dejado arrebatar."

En efecto, sigue diciendo el mismo tratadista, no hay medio que nuestros médicos hayan podido inventar, ni artificios que nuestras cortesanas puedan practicar, con el fin de hacerla renacer. Es una virtud que se eclipsa una vez en la vida, y que no debe jamás reaparecer. Es una ligazón de partes que, una vez separadas, no se reúnen jamás en la forma que estaban antes.

Del mismo modo que no existe señal que la pueda descubrir, tampoco hay medio que la restablezca cuando se ha perdido. Tenemos, es cierto, el poder de imitarla y de hacer una virgen, por decirlo así, pero no podemos reconstituir su estado natural, que es la cosa más cara y más preciosa.

Yo he estado mucho tiempo pensando en si podía determinarme a que un médico debiera escribir clara y abiertamente sobre este punto; pero después de haberme sumido en muy serias reflexiones, me creo obligado, por muchos y muy poderosos motivos, a redactar este capítulo.

Y me he decidido—agrega—porque el desprecio y la infamia que pueden caer sobre una joven inocente que va al matrimonio, porque sus partes sexuales estén naturalmente abiertas, porque sean muy frágiles o porque no haya podido o sabido resistir a las persuasiones de un hombre que la haya engañado, son todas razones

más que suficientes para que, en conciencia, pueda callarme a este respecto.

La paz de las familias y la tranquilidad de espíritu de un marido pueden restablecerse completamente con los remedios que nos hemos resuelto a proponer; es por los mismos maridos por lo que es necesario fomentar la voluptuosidad lícita del matrimonio, que es el primer paso en el camino de la generación.

Los hombres, por regla general, no estiman la virginidad de una joven más que por la abertura estrecha de sus partes naturales, por la tersura de su vientre, y por la turgencia de su pecho. Algunos, no obstante, es necesario exceptuarles de la regla; pero por lo común no conceden gran importancia a las gotas de sangre que deben afluir a consecuencia de las primeras caricias del matrimonio ni tampoco se preocupan demasiado de comprobar los signos de la virginidad de una forma detallada, para asegurarse de la pureza de la joven a quien desposan.

Considera Venette, según sus afirmaciones de hace cerca de trescientos años, que los hombres tenían bastante con que sus mujeres poseyesen las tres cualidades indicadas para ser bien recibidas.

Estas tres circunstancias constituyen otros tantos aspectos dignos de ser tenidos en cuenta por la mujer para robustecer las pruebas de su virginidad.

Para evitar los desórdenes producidos por una vida sexual activa, que, por lo general, trae como consecuencia el reblandecimiento de los senos, también el doctor Venette dicta remedios capaces de tornar a estas glándulas a su elasticidad primitiva.

En primer lugar aconseja los procedimientos que él estima adecuados para elastificar los pechos y después describe los métodos conduncentes a operar una contracción de la abertura genital que puede quedar reducida a un orificio que haga casi imposible la penetración del miembro viril.

"La Medicina, que tiene remedios para casi todas las enfermedades, no deja de tenerlos para esto, proporcionándoselos a la muchacha honrada que va a casarse, a fin de alejar toda sospecha que pudiera tener el marido respecto a su virtud, y se lo proporciona también a la mujer que, a consecuencia de algún parto ha quedado excesivamente abierta, para que no sea desagradable al esposo, pueda tener paz y tranquilidad en su matrimonio y sea capaz de procrear un nuevo hijo."

Siendo razonables estos motivos—agrega—, debe encontrase justo que sea utilizado en ellos el procedimiento científico. No intento defender los abusos que se puedan cometer. Mi deseo no es favorecer el crimen. Me parece que a los médicos nos basta con cumplir con nuestro deber y curar todas las enfermedades que podamos sin ocuparnos excesivamente de las malas inclinaciones de las personas que son capaces da abusar hasta de las cosas más sagradas que hay en el mundo.

Las mujeres de los países cálidos se previenen contra el defecto que hemos señalado lavándose sus partes naturales con agua de mirto destilada que aromatizan con algunas gotas de aguardiente perfumado, o un poco de esencia o cualquier líquido astringente. Pero la decoción de consuelda es todavía mejor, si creemos lo que nos cuenta Sennert respecto a cierta dama que al meterse en un baño que una criada había preparado para sí misma con algo de consuelda, se encontró por la noche tan cerrada, que pasó un mal rato al sufrir los asaltos amorosos de su marido. Este caso no es único. Benivenius nos cuenta una historia parecida sobre el particular y podríamos señalar varios ejemplos si se dudase de la realidad de tales aseveraciones.

Añade que no se debe nadie servir, sin embargo, de estos remedios durante más de siete u ocho días seguidos, a fin de que las partes naturales no se estrechen demasiado, pero como a menudo se reproducen después de las reglas, se podría volver a utilizar este remedio durante varios días más, teniendo buen cuidado de comenzar a servirse de él después de transcurridos cinco días del término de la menstruación.

Se deben tener otras preocupaciones con las mujeres que hace poco tiempo dieron a luz, ya que las inmundicias del embarazo deben correr libremente durante un mes por lo menos. Después de este plazo las mujeres pueden recurrir a los lavados astringentes, observando siempre la necesaria precaución para no obtener como consecuencia una reducción exagerada del orificio vulvar. Según Benivenus, estos remedios obran a veces con tal fuerza que algunas mujeres que por descuido de las comadronas se habían lavado con esas aguas quedaron tan estrechas que hubieron de arrepentirse inmediatamente de haber empleado tan eficaz procedimiento.

La mujer poco abierta no padece menos que el marido cuando éste tiene un miembro un poco grueso e incluso cuando es un poco mediano; todas las partes blandas del conducto del pudor son desga-

rradas y pueden producirse úlceras como consecuencia de esos desgarramientos.

Una receta preparada por dicho médico consistía en litargirio de oro pulverizado, cerusa y cuerno de ciervo quemado por partes iguales, y otro tanto de mucílago de simiente de membrillo extraído con agua de platino. Afirma que una mujer cliente suya, que sufrió grandes desgarros vulvovaginales en su primer contacto sexual, curó al cabo de muy pocos días después de usar este ungüento y lavarse después con agua de rosas.

"El consejo que doy aquí a las muchachas que se encuentran molestas por tumores o vapores y que están extremadamente pálidas no debe despreciarse. Debe cuidarse mucho de no usar a menudo un remedio muy corriente que contribuya a la curación de todas estas enfermedades, pues aunque la limalla de hierro o de acero tenga cualidades excelentes, tiene también otras astringentes que estrechan tanto a las muchachas que luego sufren mucho en las primeras semanas de su matrimonio, y, sin duda, que, impulsadas por el dolor, abandonarían de buena gana a sus maridos, si no fuera por el deber y por los placeres que esperan alcanzar algún día. Una joven que traté hace un par de años—añade—habría abandonado a su marido si yo no hubiese dado orden de ensancharle sus partes naturales por medio de la decoción de pies de carnero, cuerno de ciervo, raíces de malvavisco, simiente de lino y de ciertas hierbas hervidas con agua."

Hoy se asombraría el doctor Venette ante los progresos de la terapéutica moderna, que rechaza tales procedimientos en sus prescripciones para fines semejantes. No obstante, no solo en los pueblos salvajes, sino también entre los civilizados, los métodos citados no perdieron del todo su actualidad ya que siguen usándose, al parecer, con buenos resultados.

Las notas en que el antiguo fisiológico hace referencia a estos remedios, son un poco desordenadas. Hay que tener en cuenta que la recopilación de sus escritos fué realizada por discípulos e impresores, que no concedieron al orden de exposición una importancia exagerada.

Entre receta y receta, da un consejo loable. Así dice, que si se trata de una joven naturalmente estrecha que haya parido secretamente, hay que comprender que la transformación de sus partes sexuales tiene que haber sido bastante notable. En tal caso, si se tiene proporción de casarse y, naturalmente, no quiere que su marido se

aperciba de las debilidades pasadas, estima que el mejor remedio que puede darla es que sea casta y púdica cuatro o cinco años antes del matrimonio; que no ocupe su imaginación en amores, danzas, conversaciones y lecturas impúdicas, y, en fin, que viva una existencia de modestia digna de la sinceridad de su arrepentimiento. En este caso, estima el tratadista, que el marido no se apercibirá jamás de que ha sido engañado.

El vapor de un poco de vinagre, en que se haya echado un hierro o un ladrillo calentado al rojo, la decoción astringente de ciruelas silvestres, mirto, rosas de Provins o nueces de ciprés, son remedios—afirma—que comprimen las partes.

Para remediar este defecto, dice que algunos médicos estiman muy adecuado un lavado astringente de la matriz, con la decoción de los productos referidos, aunque él no aconseja ese remedio, porque puede ser tan perjudicial para el útero como indicado es para la reducción de las partes.

¿No sería permitido a una joven que ha pasado algunos años de su vida entregada a los placeres ilícitos, asegurar, en el primer día de sus bodas, el espíritu de su esposo, tomando un poco de sangre de cordero, que antes habrá secado e introducirla en su vagina, formando con ella dos o tres bolitas? ¿No le sería permitido, para conservar la paz de la familia, hacer todos sus esfuerzos por parecer prudente a los ojos de su marido?...

El afán de parecer doncella lleva a las mujeres hasta el punto de soportar las operaciones más delicadas y los dolores más cruentos y terribles; es sabido que muchas cortesanas sufren estoicamente las molestias peligrosísimas de llagas y ulceraciones en sus genitales con el objeto de hacerse pasar por vírgenes cuando se resuelven a unirse lícitamente a un hombre.

El vientre se desfigura algunas veces de tal modo con arrugas, después de un parto, que las que aún se estiman como solteras no se atreven a casarse a causa de tales defectos. Ello las obligaría a llevar una vida de perversión pasando el resto de sus días entregadas a las voluptuosidades ilícitas. Las mismas mujeres honestas se avergüenzan de que las vean sus maridos en este estado, y así es como algunas veces han de verse privadas de las dulzuras del matrimonio y del nacimiento de muchos hijos.

A fin de que las muchachas puedan abandonar su forma de vivir deshonesta e impúdica y puedan contraer matrimonio ventajoso

no llevando ningún escrúpulo, voy a transcribir aquí lo que recomienda un médico italiano, el más famoso de su país.

Y a continuación, ese médico inteligente y buenazo que se llamó Nicolás Venette, aconseja:

"Se tomarán cuarenta pies de carnero, a los que se quebrarán los huesos, y después de hervirlos en agua, se cogerá con un cucharón lo que nade por encima, a lo que se añadirá dos trozos de esperma de ballena, dos onzas de manteca fresca sin sal y otro tanto de grasa de cerda; se hervirá todo en un cacharro de barro bañado, y cuando se haya enfriado el ungüento, se amasará con agua de rosas hasta que quede blanco. Cuando la persona se haya de servir de este remedio se aplicará sobre el vientre una piel de perro o de cabra, y, preparada así, se tomarán dos onzas de estos aceites: de almendras dulces, de corazoncillo y de mirtilo, y después de haberlo lavado todo en agua de rosas, untará una de estas pieles perfumadas, llamadas comunmente de España o de Italia. Se lo dejará humedecer durante toda una noche y al día siguiente se la frotará entre las manos durante una hora, y, en fin, se la expondrá al aire o al sol durante dos días enteros, aplicándose después dicha piel en el vientre, sobre todo por la noche.

Si transcurren algunas semanas sin que se borren las cicatrices se usará el aceite de mirra para aflojar la piel; si se vé que este remedio resulta demasiado fuerte se agregará a este aceite zumo de limón y un poco de sal de amoníaco, agitándolo fuertemente hasta que se haga un ungüento."

También prescribe recetas para reducir el volumen exajerado de unos pechos blandos "que algunas veces denuncian a una muchacha como de temperamento lascivo y muy aficionada al alcohol, pareciendo los senos dos almohadas colocadas en el pecho, de forma que sólo a duras penas pueden mover los brazos. Por este motivo, si hemos de creer a los historiadores, las amazonas se hacían cortar un pecho, a fin de estar más ágiles y diestras".

El remedio para reducir los pechos es el siguiente: "Se puede emplear vino tinto fuerte o agua de fragua en la que se hervirá yedra, hierba doncella, mirto y perejil.

Hay mujeres que se sirven de formas de plomo para disminuir el volumen de las mamas. En efecto, este es un buen remedio para esta clase de defectos; mas si se han humedecido las formas en su interior con aceite de beleño, el remedio será entonces excelente.



Muriel Evans, actriz de la "Metro". Esta encantadora muchacha representa el tipo moderno de la "girl" americana.

LAMINA III



A. Una plácida belleza circasiana.



B. Matrimonio árabe recién casado.

LAMINA IV

Este aceite tiene una virtud particular para reducir el pecho y para endurecerle además; no se opone a la generación de la leche después del parto.

A fin de que no ocurra accidente alguno por el uso de tales remedios—dice por último—, repetiré aquí lo que he aconsejado en otras partes a las jóvenes y a las mujeres: que es preciso no usar para el pecho, ni para lor órganos genitales, todo esto sino tres o cuatro días después de las reglas u ocho días antes, y las mujeres que hayan dado a luz sólo podrán emplearlos después de pasada la cuarentena."

Desconocemos hoy cuáles serían los resultados de la aplicación de tan complicadísimas recetas, en las que, es bien seguro, la mayor parte de sus componentes deben estar de más. Pero en las aldeas de buena parte de Europa es fácil que una vieja sabihonda o un acreditado curandero sepan de estas cosas bastante más que muchos fisiólogos, y todavía subsistan los remedios de los antiguos tratadistas perfectamente acreditados, y, más aún, completamente arraigados en el convencimiento popular para que ni por un instante haya nadie que ose dudar de su eficacia.

Yo he tenido ocasión de escuchar los más enardecidos elogios de tan curiosos remedios de labios de algún colega residente en pueblos apartados de los grandes centros de población; no es difícil oír testimonios de tal índole a personas de cultura nada sospechosa.

Un viejo marrullero, buen catador de vinos como antes lo fué de mozas, sé que ganaba su vida en los aledaños de una ciudad de Suramérica, dedicado a la filantrópica tarea de remendar virginidades malparadas o de dictar recetas infalibles para sorprender incautos dispuestos a "sudar la plata" ante la certeza de habérselas con una doncella auténtica. Nació en Europa, en España creo, y sin más bagaje que unos deseos vehementes de vivir, como no encontrase trabajo—era vago de profesión—, entró de "mucamo" en un prostíbulo de la más baja estofa. No llegó a un año el tiempo que vivió de esta forma, y terminó por irse con una compañera de servicio, haciendo vida marital con ella, la cual le enseñó su sapiencia adquirida en muchos años de práctica constante. Un caso de aborto seguido de muerte de la embarazada dió con la coima en la cárcel para el resto de su vida, y entonces el hombre "se estableció" por su cuenta para el ejercicio de la profesión citada.

Hay quien afirma que en su pensión, pues tal era la honesta

máscara del negocio, dió albergue a muchachas de familias bien acomodadas que recompensaban largamente sus utilísimos servicios. Así trabajó muchos años, hasta que los agentes persecutores de la Trata de Blancas le sorprendieron en un asunto peligroso, obligándole a dar con sus huesos en una penitenciaría. El suceso, por cierto, fué muy comentado en la Prensa del país a que aludo.

... Y LOS FRAUDES MODERNOS

El material moderno.—Consideraciones generales.—La defraudación y el médico.—El método más vulgar.—Secretos de tocador.—La tintura de benjuí.—Acidos astringentes.—Los vapores de cal.—Las indias brasileñas. — Propiedades del "mático". — La "ratania".—Los indios "karajas".—El árbol de la quina.—Vírgenes del Senegal.—Cómo recobran la virginidad.—Annamitas y tonkinesas.—El anacardo y el carambolo.

No cabe duda que de los tiempos del doctor Nicolás Venette a los días que corren la actitud defensiva de la mujer frente a la intolerancia y la incomprensión del hombre, continúa rígida e inconmovible.

Ya no se recurre a aquellas recetas de más o menos eficacia para remedar la restitución de la membrana con todas sus consecuencias de apariencias ventajosa parangonada con lo que por lo común viene a ser la realidad. Los métodos empíricos o científicos también, puesto que de todo hay, son bastante más simples y practicables, y su asequibilidad es mayor para todas las clases sociales. Ya no se necesitan "barreños vidriados" para garantizar la pureza de aquellas voluminosas mezclas de los productos más raros y diversos: con un frasquito, con un pequeño envoltorio, con un tubito de estaño, recipientes que se ocultan fácilmente incluso en las partes más íntimas de la mujer, si es que ésta desconfía de la impunidad de sus manejos, hay más que suficiente para realizar el fraude sin que puedan apercibirse ni las personas de su mayor intimidad.

Partiendo de la base de que a un marido le es bastante difícil saber si su esposa le entrega su inocencia en la primera noche nupcial, es evidente que una joven nada debiera temer en tan solemne momento, teniendo en su conciencia y hasta en su carne la tranquilidad de ignorar por completo todo cuanto a la vida sexual se re-

fiere. En su ánimo han de quedar grabadas con huellas indelebles las primeras emociones que su marido la va a procurar.

Pero lo mismo que a una mujer le resulta casi imposible afirmar la posesión de su pureza física y más aún si su conformación, su belleza o su desenvoltura están en desacuerdo con lo que hemos dado en acreditar como signos externos de la castidad, a otra mujer que no sea virgen suele ser bastante sencillo engañar acerca de su verdadero estado al hombre que cree poseerla por vez primera, brindándole, sin lugar a dudas, las primicias físicas y espirituales de una pureza aparentemente incontrastable. Del mismo modo que una mujer, por la manera de entregarse, puede acrecentar el deseo del amante, o también impedirle que la posea completamente, por la manera de ofrecer su sonrisa al que ha elegido puede crear en él la certeza de que esa sonrisa se desflora nuevamente y sólo para él, con lo que ya se habrá dado un paso gigantesco en el camino de la paz conyugal.

Independientemente de la sapiencia heredada de la madre o de las útiles indicaciones de una experta, es enorme la proporción de mujeres que van al matrimonio perfectamente convencidas de que la pérdida de su virginidad sucedió meses o años atrás, en un instante de debilidad, de curiosidad o de deseo. Y triunfan, qué duda cabe, con estas artimañas sobre el sadismo y la intransigencia brutal del esposo, que acaso no cifre la felicidad de su noche de bodas en otra ilusión que escuchar un grito fácil de fingir y en ver unas gotas de sangre, más fáciles de extraer del fondo o de la entrada de aquel órgano que durante todo el noviazgo constituyó el móvil único del erotismo puramente físico que le atormentaba. Luego, tras de aquellos transportes pasionales de una noche completa de martirio para la desposada, el pobre hombre es capaz de jurar que fué el primero, llenándose así su orgullo, cuando realmente pudo ser el quinto y no ser el último...

Y como ya hemos dicho que procuraremos en todo lo posible ceñirnos al carácter científico de la obra, obviando la exposición de casos y cuestiones desde un plano de moral evangélica, sin lirismos ni taras literarias, casi siempre perjudiciales para la clara exposición de estos TEMAS, citaremos algunos de los múltiples procedimientos en uso, algunos, como hemos dicho, tan viejos como el mundo, pero que aún son capaces de engañar a los menguados, dándoles la satisfacción plena de que al destrozar la hipotética barrera física de un cuerpo han hallado las pruebas cruentas de que también acaban de desgarrar un alma... que física y moralmente ya estaba hecha girones desde mucho tiempo antes...

Por lo general, es a la comadrona a quien las candidatas al matrimonio recurren en demanda de instrucciones precisas para efectuar el fraude. Tal vez por "espíritu de cuerpo", es el caso que no sé de un solo médico—y lo he inquirido de muchos—, a quien una mujer haya ido con esta consulta. Pero es lo cierto que no hay una sola que desconozca en absoluto las propiedades astringentes de ciertos productos que, empleados acertadamente, son suficientes para estrechar hasta lo inconcebible las paredes vulvovaginales más fláccidas y dilatadas.

El procedimiento más antiguo y el más grosero también, pero que no ha perdido actualidad ni creo que la perderá nunca, es el que se refiere a la imitación de los signos cruentos de la virginidad y que, en la mayoría de los casos constituye para el exigente marido la prueba elocuentísima de una desfloración auténtica.

Los Códigos de amor orientales hacen mención de este fraude y también lo aconsejan a las jóvenes que por cualquier causa dejaron de ser vírgenes. En los pueblos civilizados se recurre al grosero método por todas las clases sociales, lo que no deja de ser una prueba manifiesta del desconocimiento de las cuestiones sexuales orgánicas que comprende a todos los hombres por igual.

En el *Kama Sutra* se prescribe el empleo de la sangre del pichón, que no suele coagularse; aconsejan los tratadistas hacer unas bolitas de manteca de vaca mezclada con la sangre, bolitas que se introducen en la vagina y que al mezclarse con las secreciones vaginales o el licor espermático se disuelven, dando lugar a que el miembro viril del desflorador se tinte en esta mezcla.

En los pueblos de influencia latina este fraude se efectúa de distinta manera que entre los orientales. También se recurre a la sangre de pichón, por las condiciones señaladas, pero se llena con ella una vejiguita de pescado de río formada por una materia tan tenue que al menor contacto brusco estalla dando salida al líquido que contiene. Esta cápsula suelen colocarla las mujeres en el fondo del saco vaginal o bien entre los bulbos y mediante una contracción enérgica, en este caso, o en virtud del choque con el miembro viril, en el otro, es muy difícil que no se produzca la ruptura.

La sensación producida por este mecanismo no puede ser más exacta, pues en la ignorancia del vulgo, se llega a creer que los restos de la vejiguita equivalen a los de la membrana himen, hecho im-

posible a todas luces puesto que los colgajos himenales quedan siempre insertados en la base de implantación, convirtiéndose después del parto en las carúnculas mirtiformes a que ya hemos hecho referencia.

También se usa para este fin la sangre de cordero ligeramente mezclada con agua o con un producto químico cualquiera que impida su coagulación. Aprovechar el úitimo día de las reglas para realizar el matrimonio es un procedimiento que siempre inspira desconfianza en el hombre, por lo que puede decirse que no se utiliza, al menos con innegable eficacia.

Mezclaremos en esta exposición los procedimientos morales y químicos más frecuentes, para después referirnos al aspecto psicológico de la cuestión. No cabe duda que los fraudes en amor son infinitos, revelando, no solo la actitud de la mujer en la intimidad, sino también mil detalles concernientes más especialmente al *boudoir,* o, hablando en castellano, al tocador, donde, al lado de los perfumes inocentes en su voluptuosidad, habrá soluciones de alumbre, benjuí, mirto, preparados de alcohol y múltiples substancias de gran poder astringente. "El pudor—dice Jaff—, que, lógicamente, debe experimentar la joven virgen viendo penetrar a un hombre en su lecho, también debe ser utilizado; unido al temor, se permite adoptar actitudes que, en lugar de dar facilidades al esposo, le crean muy serias dificultades que le impiden juzgar la sinceridad del estado de la supuesta virgen y de las consecuencias inmediatas de su iniciación."

Una mujer puede haber practicado el coito tantas veces, e incluso dado a luz, que ya hayan desaparecido los pliegues y rugosidades de la vagina, quedando la mucosa lisa y tersa. Pero después de un ligero examen con el espéculo o por medio de la simple palpación digital, la remendadora habrá prescrito, sobre poco más o menos, lo siguiente: Por espacio de diez a quince días antes de la fecha fijada para la boda, diariamente se pondrá una irrigación de dos litros de agua fría, en la que se habrán echado dos o tres cucharadas soperas de tintura de benjuí. Después se secan los órganos tamponando—sin frotarlos nunca—, con una tela fina, y, por último, se espolvorearán con almidón pulverizado, fécula de patata, talco simple o boratado, u otro secante cualquiera. La operación se proseguirá con constancia durante el plazo indicado, con lo que se obtiene una astricción muy notable de los tejidos vulvovaginales.

Los ácidos fuertes son también muy indicados. El zumo del limón

o el ácido cítrico, que es equivalente, con la adicción de alumbre cristalizado, en cantidad de unos quince gramos, se mezcla con dos litros de agua. Hacen falta cuatro o cinco limones para cada vez. Después de la irrigación, la misma pulpa exprimida del limón se utilizará para frotar las ninfas o pequeños labios con cierta energía, pero sin hacerse daño. Cualquier lesión o desgarro producido por estos manejos, daría lugar a escozores insoportables e incluso inflamaciones muy dolorosas. La mucosa de estas partes queda de tal forma sensible, que cualquier roce, por poco brusco que sea, es bastante para producir cierta hemorragia traumática de alguna intensidad.

He sabido que hay quien recomienda el siguiente método, bastante más cómodo, y que produce efectos semejantes: consiste en sentarse sobre el bidet durante diez minutos diarios en el transcurso de seis u ocho días, después de haber echado en el agua cal viva en pequeña cantidad. Los vapores que se desprenden de esta mezcla, dicen que tienen un gran poder astringente.

En ciertas regiones del Brasil, donde la estimación por la virginidad es mucha, no interesa tanto ésta como la estrechez del canal vaginal, lo que se considera imprescindible para la obtención de los máximos deleites sexuales. Pero, cosa extraña, no es al hombre a quien esto le interesa más, sino a la mujer precisamente. Me refiero a las tribus del interior, habitantes en las márgenes del Paraná. Las mujeres suelen ser de más fuerte complexión que el hombre, aunque menos bellas de formas. Atribuyo tal diferencia al hecho de la vida de molicie que ellas llevan, al contrario que los hombres, encargados de todas las faenas del campo, la caza y la pesca e incluso algunas domésticas, tales como preparar los alimentos. (Lámina I, A y B.)

Aunque entre estos indígenas han hecho progresos muy notables las doctrinas predicadas por los misioneros católicos, estos evangelistas no pueden estar muy satisfechos de su gestión, porque en lo que a la vida sexual se refiere, el libertinaje, o, mejor dicho, las costumbres arraigadas de muchos siglos, muestran facetas incompatibles en absoluto con la moral católica e incluso cristiana... Por ejemplo, el control de la natalidad, de lo que nos ocuparemos en el volumen XVII de estos TEMAS, se practica de diversas formas de bastante eficacia.

Pues estas mujeres, muy voluptuosas y de notable temperamento erótico, no tardan en advertir una acentuada dilatación de sus orificios excretores que las pone en el trance de renunciar a la totalidad de los goces carnales, por cierto de relativa naturalidad. Yo tengo noticia de muchos astringentes vegetales que figuran con puestos de

honor en la farmacopea indígena, pero el más acreditado, sin duda alguna, lo constituyen las raíces y hojas de una planta salvaje llamada *mático,* que contiene un aceite aromático y balsámico muy abundante. Las mujeres toman una gran cantidad de dichas hojas y raíces, machacándolas durante bastante tiempo en un mortero de piedra, hasta que han soltado todo su jugo, el cual recogen en un recipiente de barro destinado a este solo uso.

Han de exponer a los rayos del sol el caldo citado, y como el calor es intenso, no tarda en desecarse, dejando una especie de grasa espesa y de olor rancio dispuesta para utilizarse al cabo de una semana.

Esta grasa suelen aromatizarla con jugo de menta o polvo de baya de ciprés, que también tiene propiedades astringentes, y preparada de tal forma, fabrican con la mezcla unas bolitas parecidas a los óvulos que se utilizan para la curación de ciertas afecciones vaginales, cápsulas que guardan en cajas de barro cocido que envuelven en un paño, conservándole constantemente húmedo con objeto de impedir que el calor pueda disolver las bolitas de grasa.

Y la aplicación de estos óvulos es bien sencilla. Cuando la dilatación del conducto del pudor es exagerada, durante tres o cuatro días se introducen en la vagina un par de cápsulas, que por efecto del calor del cuerpo no tardan en disolverse, absorbiendo la mucosa de los tejidos una parte de la grasa. Suelen obstruirse el orificio vulvar con una tela, o mejor aún con los mismos restos de las hojas de *mático,* a fin de que la grasa no salga por la vulva. También se aplican las hojas a modo de cataplasma, pero sólo cuando tratan de conseguir una reducción ligera. Algunos colegas afirman que los resultados obtenidos por los indígenas son bastante completos, si bien no parecen producir los mismos efectos en las mujeres blancas. Se explican esta diferencia por el hecho de que los tejidos de las partes sexuales de las indígenas son más ricos en glándulas sebáceas que los de las mujeres de raza blanca, y esas sebosidades se endurecen de tal forma, que dan la sensación de convertirse, por efectos del *mático,* en tejidos musculosos.

Otro procedimiento parecido, consiste en macerar cápsulas, hojas y raíces de otra planta ecuatorial, la *ratania,* cuyas ramas son rastreras, formando colonias muy numerosas, y que podemos comparar, por ejemplo, con la planta de la sandía, a la que se asemeja bastante por su disposición y desarrollo.

El jugo de dicha planta lo mezclan con grasa de cerdo, y una porción de la mezcla la envuelven en un pedacito de tela muy fina o gasa muy tupida, haciendo una bola que se introducen en la vagina. Algunas mujeres hacen un uso muy constante de este ungüento astringente, lo que prueba su eficacia indudable.

Un médico que acompañó al Padre Tapie en su larga excursión por el interior del Brasil, *tournée* que fué muy pródiga en la conquista de adeptos para el catolicismo, me refirió las costumbres sexuales de los indígenas *karajas,* que habitan en la zona comprendida entre los caudalosos ríos Araguaya y Tocantíns.

Se lamentaba el colega de la falta de libertad de acción para investigar en estas cuestiones, ya que no había de prescindirse del carácter esencialmente catequístico de la expedición. No obstante, logró hacer buena amistad con algunos jefes de aquellas tribus, cuya lengua dominaba, circunstancia que le permitía realizar la investigación sin que sus censores pudieran ponerle obstáculos demasiados difíciles de vencer.

Tampoco la posesión de la membrana himenal, pese a la influencia de los misioneros católicos, es un aspecto que preocupe demasiado a los hombres de estas tribus. Por el contrario, suele ocurrir que las madres lavan a sus hijas los genitales desde la edad más tierna, y como no ponen mucho cuidado en la operación, la membrana de la doncellita tarda muy poco en desaparecer. Aseguran mis informadores que el motivo esencial de estos lavados no lo constituye la higiene, sino que más bien se trata de procurar que las niñas estén todo lo antes posible en condiciones de entregarse a los placeres sexuales normales con la mayor facilidad, aunque la pubertad no haya llegado.

En este estado, la muchacha puede hacer de su sexo cuanto estime oportuno, sin que nadie, ni sus mismos padres, tengan derecho a mezclarse en sus asuntos eróticoamorosos con hombres de todas las edades y de todas las corpulencias también. (Lámina II, A.)

Dada la sensualidad de estos indígenas, a lo que supeditan la procreación y hasta las razones económicas que para otro hombre habrían de resultar convincentes, el matrimonio de dichas muchachas se opera, como si dijéramos, en virtud de un proceso de selección erótica más importante que la selección sexual, desde todos los puntos de vista.

La mujer más solicitada, la que ha cohabitado con mayor número de hombres, estiman estos indígenas que ha de ser, sin duda alguna, la más apta para los placeres sexuales. En este método es fácil advertir que la lógica juega un papel no despreciable, puesto que el *karaja* persigue como único fin de su matrimonio, o al menos, como el más

importante, la satisfacción plena de los sentidos. Por otra parte, la moral, en el sentido que nosotros la interpretamos, no puede relacionarse con la sexualidad más que en un sentido negativo, por decirlo así. Esto es, que la india que no ha tenido galanteos o que ha sido poseída por pocos hombres, es, generalmente, despreciada por los varones casaderos de la tribu: carece del atractivo esencial, cual es la facultad de despertar fuertes deseos.

Naturalmente, una muchacha que ha sido desflorada a los seis o siete años de edad y que a partir de entonces ha practicado un comercio carnal abundante, ha de tener sus partes bastante relajadas. Entonces deja de ofrecer interés erótico en el sentido público, pero su historia supone una garantía de que no ha de sucederle otro tanto en el comercio privado; esto es, matrimonial. Y a esta altura es cuando los padres empiezan a recibir proposiciones de matrimonio de los hombres de la tribu, siendo el que más ofrece el que se lleva la alhaja.

Hasta entonces, hay que hacerlo constar, la ha estado terminantemente prohibido intentar la reducción de sus orificios excretores—la pederastia, o coito anal, es una práctica tan frecuente como las relaciones normales—, utilizando los procedimientos estringentes tan usados por las mujeres casadas.

Entonces, cualquier vieja casada o un curandero, prescribe la receta para lograr la reducción de los conductos de la voluptuosidad. (Lámina II, B.) Por lo general, se recurre a las hojas, bayas y raíces del *quino* o árbol de cuya corteza se extrae la quina. Preparan cocciones en agua común, agregando después una cantidad de savia fermentada de una especie de cacto muy espinoso que se cría en los arenales de los ríos. Con esta mezcla, suelen practicar dos o tres lavados diarios de sus órganos genitales, cada tres cuartos de luna. El orujo de las hojas y raíces del quino suelen emplearlo como apósitos y cataplasmas que se colocan en la vulva. También lo emplean, por su fuerte poder astringente, para restañar arañazos y pequeñas lesiones en todo el cuerpo.

Por lo común, al mes de tratamiento o poco más, han conseguido el efecto deseado, y entonces es cuando están en condiciones de contraer matrimonio.

Hay que tener en cuenta que el miembro viril de estos indios es de menor volumen que el corriente entre los europeos, si bien más largo, hasta el extremo de que algunos, a fin de no producir perturbaciones en el fondo del saco vaginal o en el cuello uterino, acostumbran a

colocarse en la base de implantación del pene unos anillos de caucho, con lo que la penetración no es completa.

No puedo aportar explicaciones relativas a las razones que tengan los *karajas* para practicar el coito anal con las muchachas solteras, pero me atrevo a suponer que dicha conducta obedece a un plan anticonceptivo, ya que en el matrimonio el uso de las fórmulas astringentes citadas se concreta, por lo general, a la región vulvovaginal.

Un célebre médico francés que bajo el seudónimo de *Doctor Jacobus* ha publicado interesantísimos trabajos en revistas científicas de todos los países, habla de este aspecto fraudulento de la virginidad refiriéndose a los negros del Senegal, que no dan, como los árabes, una considerable importancia a la presencia de los signos reales de la virginidad en las jóvenes.

Entre estas gentes, el marido compra a su mujer, siendo el matrimonio una fiesta y no una ceremonia religiosa; es especialmente raro que la inexistencia de las pruebas materiales de la virginidad dé lugar a reclamaciones a los padres por parte del marido. Los casos en que la joven es devuelta a sus padres son muy poco comunes, pues la mitad de la dote es retenida por el padre de la muchacha a título de daños e intereses.

De otra parte, el volumen del miembro viril del negro hace muy difícil que pueda comprobar cualquier engaño. Además, que la novia senegalesa, la noche de sus bodas, es expertísima en el arte de simular la lucha de una virginidad expirante, y entre ellas constituye un placer refinadísimo hacer que el hombre llegue casi a violentarlas para entregarse. Estas son las menos inocentes, que a la vez suelen ser también las más hábiles en este juego. Así pues, el himenólatra encontraría fácilmente resuelta su satisfacción en casi todo el Senegal por poco dinero que aventurase en ello.

En San Luis de Senegal, ciertas comadres de mala fama—dice Jacobus—proporcionan muchachitas que llevan el significativo nombre de *no agujereadas*. Las hay desde la edad de ocho o nueve años hasta la núbil. Y, además, es más fácil procurarse una muchacha antes que después de la nubilidad, por razón de la certidumbre que en el primer caso tiene de no dar frutos. El precio está al alcance de todas las fortunas, según calidades; puede obtenerse una negrita garantizada, *no agujereada*, de la categoría de las esclavas domésticas, por la módica suma de diez o veinte francos; bien entendido

que la venerable comadre se embolsa en concepto de honorarios la mitad de tal suma.

Las vírgenes dejan de serlo, desde luego, tan pronto como tienen negocio con algún blanco, a consecuencia de la amplitud de su órgano genital; pero entre ellas, la desfloración no ofrece el mismo carácter de gravedad que en las muchachas europeas que aún no han llegado a la nubilidad.

Raramente se comprueban los casos de inflamación vulvar en una negrita desflorada por un blanco, la cual siempre se señala en una europea como consecuencia de un coito prematuro antes de que su conducto vulvovaginal haya adquirido el necesario desarrollo. Solamente algunas veces se encuentra algo de irritación, pero nunca erosiones ni ulceraciones. Ello se relaciona no únicamente con la menor estrechez de la negra, sino también con una menor sensibilidad nerviosa. Por ejemplo, cuando ésta continúa celebrando el acto carnal con el hombre blanco, la vulva acaba por presentar la deformación característica.

Si se piensa que el europeo que posee un miembro viril por debajo de la dimensión ordinaria se encuentra en el caso de un muchachito con relación a la negra de diez o doce años, no será difícil creer que la negra por él desflorada puede recibir completamente la verga del blanco, cuyas dimensiones son bastante menores que las del negro adulto.

Si este coito se repite frecuentemente, la vagina se alarga y se deja distender, lo que facilita aún más la introducción. Por el contrario, cuando la joven tenga que ver más tarde con su marido negro, una locción astringente, a base de mirra, alumbre u hojas o corteza de nogal, devolverá a esta novia una pseudovirginidad.

El engañado marido, no poseyendo los necesarios conocimientos anatómicos para asegurarse de la existencia real de los signos de la virginidad, experimentará una sensible molestia durante el coito y estará muy lejos de sospechar el fraude. Y termina diciendo el doctor Jacobus: "¿Y qué, no ocurre aquí lo mismo que en Europa? ¡Cuántas jóvenes no se casan desfloradas, sin que el esposo caiga en la cuenta, aun cuando no tenga las mismas razones fisiológicas o intelectuales que el negro para conservar un velo sobre los ojos!"

En Annam y Tonkín, donde la mujer pierde su virginidad antes de los doce años, practicando desde entonces un frecuente comercio carnal, sucede, sobre poco más o menos, lo mismo que entre los *karajas* brasileños. El hombre annamita, lo mismo que su hermano el

tonkinés, no puede jactarse de la posesión de un órgano viril ni medianamente desarrollado siquiera si lo comparamos con el volumen medio de un blanco.

Hay que tener en cuenta la miseria en que viven estos pueblos para apercibirse de la importancia que el dinero tiene para un annamita. Por regla general, estas mujeres, aunque no son tan bellas como las japonesas, que constituyen, por decirlo así, la aristocracia sexual femenina de todo el Asia, no son menos delicadas que las del Extremo Oriente, y suponen un manjar bastante apatecible para la sexualidad de los europeos que han de verse sometidos a las influencias poderosas y bruscas de estos climas tropicales.

Los principales explotadores de los encantos voluptuosos de estas muchachas son los europeos, que suelen corresponder a los favores que de ellas exigen en buena moneda contante y sonante, a lo que sólo pueden llegar las clases superiores indígenas, que por contradicción biológica prefieren a las prostitutas y mujeres fáciles de raza blanca que explotan sus encantos en el país ante la indiferencia de los hombres de su raza. Naturalmente, como la mayor parte del comercio carnal lo practican con los europeos, los órganos genitales de las annamitas y tonkinesas adquieren bien pronto una dilatación apropiada a los instrumentos que la producen. Pero los europeos, ansiosos de emociones inéditas, prescinden bien pronto de estas muchachas, que ya no suelen satisfacer a los demás hombres de piel blanca. No acaba aquí el prestigio de su vida sexual, aunque descienden muchos grados en la categoría del amor mercenario, refugiándose en los brazos de cualquier indígena, que se encuentra en las mejores condiciones de adquirirla a poca costa.

Más una consecuencia lógica de su vida anterior viene a representar, no diremos un obstáculo, puesto que es todo lo contrario, pero sí un inconveniente, que no hay más remedio que eliminar valiéndose de los múltiples procedimientos que por poco dinero ofrecen las remendadoras de virtudes depauperadas.

Emplean preferentemente, aparte del alumbre, la mirra y otros productos de la farmacopea civilizada, el betel, la salicaria y sus bayas y las hojas de nogal, que maceran fuertemente hasta hacerlas desprender toda su savia, en la que después hierven el orujo, removiéndolo constantemente hasta que forma una especie de pasta pulposa muy consistente.

Con la pulpa así obtenida fabrican una especie de óvulos, más bien cilíndricos, que se introducen en la vagina diariamente durante

un par de semanas. Al reemplazar el óvulo, que siempre pierde una notable parte de su volumen, se lavan los genitales con agua ligeramente acidulada, en la que previamente se ha enfriado un hierro puesto al rojo blanco. Tengo noticias de que este método astrictivo es uno de los más eficaces, aunque ofrece el peligro de una intoxicación, no siempre leve, si en la vagina o en los tejidos vulvares existiese una escoriación, dada las propiedades tóxicas de la salicaria.

Entre los isleños de algunas regiones del archipiélago polinesio, donde la virginidad ya se tiene en una mayor estima, el hombre prefiere encontrar a su esposa virgen a hallarla desflorada. Cuando esto ocurre, el marido desea un remedo de desvirginización, porque ello aumenta las voluptuosidades de los primeros contactos carnales, y, además, porque sería de mal tono ante el resto de la tribu no poder mostrar a la mañana siguiente de la boda las huellas de la desfloración, garantía eficiente de la virginidad de la doncella que hasta entonces no conoció las caricias de ningún hombre. Los polinesios son de esta buena conformidad.

El método más empleado consiste en hacer una decocción de hojas de anacardo y frutos de carambolo, que se producen por generación espontánea en aquellas islas, lavándose los genitales con la frecuencia necesaria, hasta conseguir la reducción deseada, lo que se logra fácilmente con la mezcla aludida. Este astringente tiene también la propiedad de hacer tan vulnerables los tejidos vaginales, que el menor roce produce casi siempre una notable hemorragia, repitiéndose el fenómeno hasta tres o cuatro días seguidos si los lavados fueron recientes.

Todas estas *recetas* suponemos habérselas oído recomendar a cualquier sabia comadre bien acreditada en el conocimiento popular de hasta la más insignificante aldea, y esto, porque teniendo en cuenta cuanto hemos dicho de los aspectos del impulso y del instinto sexual en la mujer, no es de hoy, sino de siempre, un problema que no tiene tan difícil solución como la atribuyen los maridos intransigentes, tan fáciles de satisfacer en todos sus anhelos.

En "El Ktab", el "Kama-Sutra" y otros tratados y códigos de amor orientales, hace cientos de años se dictaron recetas para conseguir el mismo fin, y, más o menos complicadas, todas ellas han servido, en gran parte, para la prescripción de los métodos modernos.

Cuando los astringentes son de tanta eficacia como casi todos los que hemos descrito, la defraudadora, por lo general, sufre y llora sinceramente, sin necesidad de fingir; pero ello justifica lo imperecedero del adagio que dice: "El que algo quiere, algo le cuesta."

EL FRAUDE EN SU ASPECTO PSIQUICO

Lo que exige el hombre.—La astucia femenina.—El donjuán.—¿La moral?—El placer de la venganza. La fuerza de la razón.—Un ejemplo.—La ex virgen histérica.—El caso Lagriffe.—Las que mejor engañan.—Dificultades que se oponen a la investigación.—La comedia.—Resistencia instintiva y consciente.—El juego del fraude.—La "virgen gaucha". Psicología femenina.

Hemos hablado de los mecanismos más o menos adecuados para procurar a un marido exigente la sensación, más que exacta, de que por vez primera va a entregarle su mujer una virginidad cruenta y auténtica. Por lo general, con estos solos signos ya hay de sobra para que nadie pueda darse por defraudado en la conquista de una pureza indiscutible, ya que los demás suelen considerarse como accesorios y sin importancia capital al fin propuesto en tantos días de verdadera vigilia. El hombre, sin quererlo comprender así, está demandando constantemente de la mujer que le engañe y le haga ver blanco lo que él mismo está viendo, con poco que mire, que es negro. Después de todo, no es el hecho sino una demostración palpable de la subordinación de la hembra a las tiranías del macho, o, al menos, un acatamiento a sus caprichos e imposiciones que, a fin de cuentas, no tienen otro objeto que el de procurarse la felicidad sin desdeñar los procedimientos para alcanzarla.

Por otra parte, la astucia femenina, como ya hemos dicho, no es más que una manifestación defensiva de su instinto o de su debilidad fisiológica y moral frente a la independencia masculina, que no respeta convencionalismos ni se para en barras cuando de saciar sus apetitos egoístas se trata. Ese *espíritu de cuerpo* es en la mujer más consciente, más veraz y más unificado que en el hombre, y esto porque su eglolatría o, mejor dicho, su orgullo, le hace creerse infinitamente superior a la mujer en todos los órdenes. Esta falta evidente de respeto al sexo opuesto llega en algunas intelectualidades al

desprecio: la mujer, dicen, "a sus labores". Los antifeministas no han llegado a darse cuenta todavía del alcance de su crasísimo error.

Esta ética masculina, se traduce, al fin y a la postre, en una inhibición absoluta de todo sentimentalismo, cuando lo que pretende fundamentalmente es convertir a la hembra en el objeto imprescindible para la satisfacción adecuada de sus instintos. El donjuán, el galanteador de profesión, el conquistador callejero, toda esta fauna que ha vivido en todas las épocas y en todos los pueblos y que aún constituye una molesta y vergonzosa plaga social, no es posible que, si la moral no está en absoluto ausente de ellos, vean en sus perseguidas el trasunto fiel de su madre, de su hija, de su esposa o de su hermana. Su orgullo, su jactancia y su ética constituyen un prisma a través del cual sólo pueden apreciar a la hembra.

Algunas, mejor dicho, muchas, infinitas, casi formando legión, después de sentir a su instinto natural y lógico acuciado por las cálidas promesas del galán—el amor eterno, el matrimonio, el bienestar, la felicidad—, se entregaron a él con el cuerpo y con el alma, generosamente, porque amaban, sin aspirar a más que a esa felicidad prometida y a la que hasta las hembras de los animales tienen derecho. Y después, la sociedad, los prejuicios, esa moral absurda y homicida y todo un cúmulo de atrocidades insoportables y terribles, al desplomar todo el peso de su maldad y de su egoísmo sobre la debilidad de las desdichadas, no tienen en cuenta las causas y se atienen a los efectos para enjuiciar, para castigar, para repudiar a esa víctima que, además, no puede, también como las bestias, aspirar al placer compensador de acariciar públicamente a su hijo, no de una puta, como dice el léxico en su acepción fuerte y castiza, sino de un canalla de la peor estofa, de la más despreciable ralea, porque ni los machos de las más ínfimas especies abandonan a sus crías cuando la madre es incapaz de su cuido y su defensa. Y ya sé lo que al respecto me diría un biólogo intransigente. Claro es que la réplica sería para mí tan despreciable, tan inhumana y tan cruel, que, en conciencia, me repugnaría contestarle...

Preguntad a muchas mujeres que tienen a sus hijos bajo el amparo de la caridad oficial; inquirid la opinión de todas las prostitutas; investigad el ánimo de todas las mujeres que fueron burladas alguna vez... Y en todas ellas, pero sin distinción de clases ni edades, veréis palpitar el odio y la sed de venganza hacia el sexo, no opuesto, sino contrario, enemigo y aborrecido. El delito, por exten-



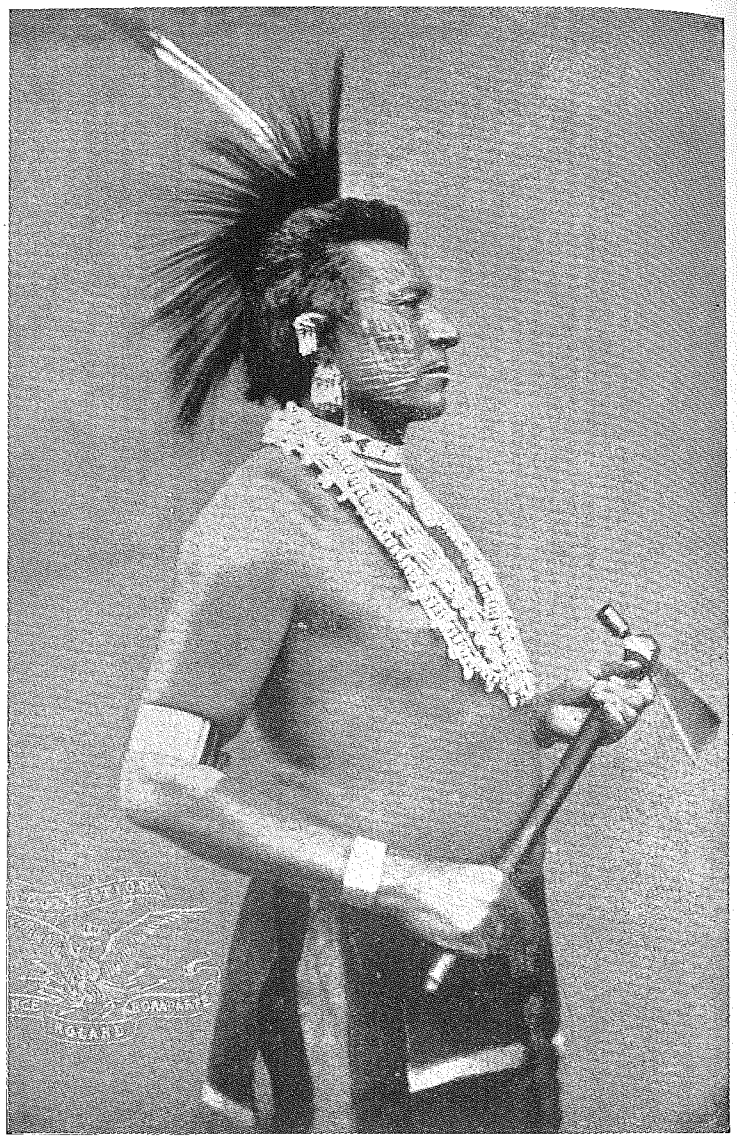
A. Belleza araucana.



B. Médico araucano.

Entre estas gentes es tan importante el aprecio de la virginidad, que la mujer que va al matrimonio sin el atributo paga la falta con la vida.

LAMINA V



Jefe "dakota-sioux". Estos indios no perdonan a las falsas vírgenes. Después de unos meses de matrimonio, fecha en que pueden comprobar el fraude, asesinan a la esposa destrozándola horriblemente.

LAMINA VI

sión, ya no parece cometido por el individuo, sino por el género entero.

Y supongamos por el momento a una muchacha joven, bella y llena de vitalidad que alguna vez fué burlada, perdiendo con el signo físico alguna virtud moral. Esta puede recuperarla; aquél se borró para siempre. Pero dependiendo su felicidad futura de esos detalles, ¿va a detenerse ante tales escrúpulos, renunciando para siempre a ser amada y a vivir dichosa?... Aunque sólo sea el instinto de conservación la energía que se lo imponga, si no tiene otro remedio, habrá de recurrir al fraude. Toda la decepción y el fracaso de sus anhelos prístinos se habrá convertido ahora en una fuerza vigorosa e invencible para no fracasar en la demanda de su dicha. No titubeará en recurrir a cualquiera o a todos los remedios apuntados y aún echará mano de los infinitos recursos que su astucia la brinda para triunfar en la empresa en el terreno psíquico, para que quien va a desposarla, el que pagará la culpa de otro, o, tal vez será culpable de otros delitos iguales, puede vivir tranquilo con la certeza de que nadie holló el terreno que ahora se le ofrece con todas las apariencias de la virginidad anhelada. Después de todo, lector, yo creo que la conducta de una mujer así no deja de tener un prestigio de altruísmo sincero y respetable, puesto que, por encima de todo, no quiere que su marido sepa de toda su desdicha...

Después del remedio para la parte física, la fuerza de su razón da a la mujer un convencimiento pleno en la seguridad y eficacia de la comedia que va a fingir que no es posible que fracase aunque no haya hecho otra cosa que leerse por encima la papeleta. Y esta predisposición inicial ya supone un agente que garantiza la imposibilidad de la ineficacia.

En el terreno de la psicología sexual se han hecho muy notables investigaciones; pero no parece que los tratadistas hayan concedido muchas páginas al aspecto de un remedo de desfloración; esto es, a la posesión de una mujer a quien su marido o su amante siguen estimando virgen, o, si no es así, esperan persuadirse de que están equivocados, como comprobarán por las pruebas físicas y anímicas que van a recibir.

En este caso, como sosteníamos al hablar de la técnica de la desfloración, y ello con carácter indispensable, ya no importa tanto que el marido se conduzca como un hombre o como una bestia. El desflorador auténtico era quien estuvo en la obligación de hacerlo, para evitar las consecuencias inherentes de una iniciación defectuosa.

Aquí, para *inter-nós,* sabemos que la muchacha no es virgen, y eso nos basta; el marido, después de lo que va a pasar en esta noche, sería capaz de responder a tiros y puñaladas a una confesión que se le hiciera por un amigo íntimo:

—Tu mujer no era virgen.

—¿Que no? ¡Si lo he visto yo!... ¡Si lo he comprobado! ¿Y esa estrechez casi impenetrable? ¿Y esa hemorragia casi inconteni-ble? ¿Y ese grito desgarrador de sufrimiento que aún llevo clavado en el alma?...

Y después, los tiros.

No porque la mujer no sea virgen en el noche de sus nupcias legales es posible prescindir en absoluto de los recursos aconsejados para producir la tumescencia. En jóvenes de temperamento nervioso o de predisposición neuropática, pueden producirse fenómenos tales como el vaginismo, aparte de los daños puramente físicos de que ya hemos hablado. Hay que tener en cuenta que una mujer demasiado sensible puede llegar incluso a ser víctima, por decirlo así, de un fe-nómeno psíquico de autosugestión, y a fuerza de pensar en que ha de mostrarse virgen, puede llegar a la conclusión subconsciente de que en realidad lo es, y los recuerdos de la pérdida de su verdadera virginidad permanecer completamente anulados en su intelección, hasta el punto de que si el autor de la desfloración se lo recordase algún día, no titubearía ella en denunciarle, sincera y absolutamente convencida de la monstruosidad de la calumnia.

Una histérica puede reprensentar la comedia más trágica o más divertida, engañando a todos, incluso al médico, de momento, y en-gañándose ella misma. Al efecto, y como caso parecido, creemos oportuno referir uno muy célebre, ampliamente debatido en la Prensa francesa hace unos años, y que refiere el insigne neurólogo doctor Lagriffe en los *Anales Médico-Psicológicos,* volumen correspondien-te al mes de marzo de 1913, observación detallada de un atropello fingido por una virgen de diez y seis años, con cuyo motivo hace la distinción entre la persona viciosa, "movida por el deseo enfer-mizo de hacerse interesante—dice el doctor Voivenel—y la neurópata sincera en su engaño, víctima de su imaginación, y atropellada, se-gún decía Legrand de Saulle, por una especie de espejismo". He aquí el caso:

El 29 de julio de 1911, a las diez de la mañana, la señorita Y., criada de un carnicero de Auxerres, que volvía de hacer un encargo en casa de los señores B., observó que la puerta del cuarto del pri-

mer piso estaba entreabierta; llamó a la criada, y, al no obtener res-puesta, entró, atravesó la cocina y penetró en dormitorio, situado al lado. Encontró allí a la señorita M. tendida en el suelo, con los pies sujetos a los barrotes de hierro de la cama, las manos agarro-tadas a la espalda y una servilleta amordazando la boca; asustada, trató de quitar la servilleta, y no pudiendo quitarla y viendo que la joven parecía inanimada, salió de la habitación y volvió a buscar socorro.

La señorita N., una vecina, acudió a su llamada; desató los pies, que estaban ligados por separado; quitó la servilleta, y comprobó que aun tapando la boca no impedía la respiración nasal, que estaba bastante apretada, y que sus extremos se unían delante, bajo el men-tón, con un nudo sencillo. Contó más tarde que el rostro estaba azu-lado, los labios tumefactos. Al levantar a la señorita M., compro-baron que las manos estaban atadas a la espalda, reposando el dorso de una mano sobre la palma de la otra; cortó la cuerda y depositó a la víctima en el lecho para cuidarla; observó entonces que respiraba con dificultad y que tenía los ojos desviados.

Al pedir detalles al testigo, declaró que la respiración era ruidosa, y después de extenderla en el lecho, la señorita M. lanzó un fuerte suspiro, y al interrogarla, contestó: "El, un hombre", hombre a quien declaró no conocer, y después de haber contestado, se desmayó, para volver en sí poco después. La testigo precisó, además, que las faldas de la señorita M. estaban levantadas, pero probablemente a conse-cuencia de su caída, reposando los pies en la barra horizontal del lecho.

Vuelta completamente en sí la señorita M., hizo un relato bastante largo, contando que en el momento en que iba a comenzar a hacer la limpieza en la habitación sintió que abrían la puerta de la cocina; salió a dicha pieza y encontró a un hombre de estatura media, con gran bigote y una barba de varios días, ojos negros y brillantes, de unos cuarenta años de edad, que la sujetó por los hombros, apretán-dola la ganganta. Entonces sintió que le faltaba aire, y perdió el conocimiento, no recordando más hasta el momento en que despertó en el lecho rodeada de las vecinas.

Dos testigos declararon haber encontrado por la mañana, cerca de allí, un transeúnte cuyas señas correspondían a las dadas por la señorita M. Este individuo, que no se ocultaba y que, en efecto, había pasado por la calle a la hora del drama, fué fácilmente hallado,

y al ser detenido negó enérgicamente. La víctima no le reconoció y fué puesto en seguida en libertad.

Seis horas después del atentado, el doctor Lagriffe no encontró otra señal de violencia que una ligera señal roja en forma circular en la muñeca izquierda. Los órganos genitales aparecían perfectamente intactos y el himen persistía. Apenas había comenzado el examen, cuando empezó a derramar sangre, que parecía corresponder al principio del período menstrual. De este primer examen el médico podía sacar la conclusión de que no existían señales de violencia en la señorita M., y que esta joven no había sido ni desflorada ni víctima de un intento de violación. Las investigaciones realizadas demostraron la imposibilidad material del atentado.

La señorita M. era una neurópata. Cuando para explorar la sensibilidad general—dice el doctor Voivenel—practicó el médico la oclusión de los ojos, después de terminar su exploración, pudo comprobar que la joven había perdido el conocimiento; no presentaba ni el rostro pálido ni el pulso débil. Los ojos aparecían vueltos hacia arriba, la relajación muscular era completa y la sensibilidad general parecía abolida. Ofrecía todos los síntomas que permiten reconocer el ataque del sueño histérico en su forma narcótica. Se la hizo despertar fácilmente con sólo soplarla en el rostro. La enferma no pudo reprimir una ligera sorpresa, y declaró, por otra parte, no haber dormido.

El médico encontró en ella una serie de trastornos en la sensibilidad que ponían de evidencia la neurosis histérica. Presentaba, además, todos los estigmas mentales, en particular lo que se llama "la reducción del campo de conciencia". "Esta contradicción—dice Lagriffe—hace que, según los casos, un número de sensaciones más o menos considerable, que en condiciones normales deberían llegar al dominio de la conciencia, para ser allí rectificadas y explicadas o coordenadas, permanece en el subconsciente y dan o pueden dar lugar a reacciones anormales, inútiles o nocivas por falta de control."

Habiendo comprobado que la señorita M. es susceptible de ser hipnotizada con singular facilidad, he aquí la génesis hipotética que Lagriffe da del incidente:

Hay en este asunto, dice, dos elementos que deben disociarse: el individuo a quien se acusa y el atentado. El individuo, aunque inocente, existe; su imagen no es por completo una invención de la señorita M., que seguramente le ha encontrado en días anteriores; pretende, desde luego, no haberle visto hasta el momento del atentado,

pero se debe esto probablemente a que el día en que se le ha presentado se encontraba en "segundo estado" y la imagen de este individuo ha permanecido en el subconsciente; dicha imagen ha sido "mirada", pero "no vista". Ha bastado para hacerla reaparecer el regreso a un estado segundo semejante, y han sido precisas para determinar esta vuelta circunstancias favorables.

"Pero ha sido necesario que estas circunstancias favorables fuesen muchas; es sabido, en efecto, cuán grande es la influencia de lo físico sobre lo moral. Ahora bien, el estado de salud física de la señorita en cuestión no es de los mejores: cloroanemia con decoloración de las mucosas, aliento débil, disminución de la capacidad respiratoria, signos de pretuberculosis, labios gruesos, etc. En suma, condiciones propias para exacerbar la emotividad.

"Además, esta joven había sufrido la víspera una regañina seria, y, según nos han dicho los señores R., había estado ya nerviosa todo el día; por último, se aproximaba su período menstrual. Ha sido, pues, preciso bien poco para que el día 29 de julio entrara en segundo estado y hacer de ella durante algunos instantes la misma persona física y moral que en el momento en que ha encontrado a un individuo a quien su primera personalidad no conocerá nunca. Entonces, en su subconsciente, ha forjado la novela de lo que hubiera podido suceder; esta idea la ha hipnotizado rápidamente; los ojos imaginarios del imaginario individuo la han sumido en el sueño hipnótico y ha exteriorizado su sueño de posibilidad, realizando con sus propios medios el atentando que ha imaginado podría sufrir.

"El ataque no ha sido, según toda probabilidad, sino un ataque equivalente de histerismo; como consecuencia de dicho ataque, ha sufrido en este caso dolores de cabeza, musculares, etc., aunque el atentado no haya dejado ninguna huella material; por último, no ha sentido a continuación el menor temor."

Y Lagriffe concluye:

Es, pues, probable que el atentado de que se queja la señorita M. no lo haya realizado ninguna persona real. Prácticamente no podemos llegar más cerca del problema. Podríamos, si quisiéramos, lograr una certidumbre más fuerte al provocar la confesión de la enferma determinando por hipnotismo un retorno al estado segundo; pero sería excedernos en nuestro papel. Sólo sería culpable nuestra discreción si hubiéramos sabido que, engañada por las apariencias, iba la justicia a condenar a un inocente, lo cual, felizmente, no ha sucedido."

El caso precedente constituye una prueba irrefutable de la predisposición enfermiza de las histéricas a la mentira. Esta mentira, repetimos, no es consciente, sino que resume el producto de un desequilibrio mental que puede traducirse en consecuencias tan graves como la locura.

Una histérica que dejó de ser virgen hace mucho tiempo puede, en la noche de sus bodas y sin necesidad de recurrir a subterfugios ni engaños conscientes, fingir una virginidad que lograría casi confundir a un médico poco especializado en estas cuestiones. Poseída completamente por la obsesión de su virginidad, ofrecerá los mismos síntomas o tal vez aún más acentuados que los que pudiera presentar una virgen rigurosamente auténtica. Prescindiendo del estado emotivo, cuyos signos revelaría ampliamente, en el aspecto fisiológico la penetración del miembro viril, se encontraría con el obstáculo muy difícil de vencer de la contracción de los músculos voluntarios provocada involuntariamente, con la reducción del canal vaginal y hasta es posible que con una hemorragia de los tejidos vestibulares.

Todas estas pruebas no cabe duda que son suficientes para convencer al más avisado. A esta circunstancia habrá que añadir la frigidez aparente o real de la histérica, que no logrará alcanzar la plenitud del goce sexual hasta muy repetidos coitos, y esto, si como consecuencia de una falta de técnica no se producen esos fenómenos nerviosos a que nos hemos referido tan extensamente en el volumen anterior.

Luego teniendo en cuenta que el histerismo en la mujer—y en el hombre—, es un producto natural del siglo y de la época, no creo que ningún marido que conozca estas circunstancias sea capaz de atribuir una importancia tan voluminosa a los signos reales o fingidos de una desfloración.

Y entremos en el terreno psicológico de una supuesta desfloración. Hay que establecer la premisa de que nos referimos a una muchacha que después de dejar de ser virgen haya mantenido escasas relaciones carnales en el primer caso, y, en el segundo, que se trate de una mujer completamente ducha en toda clase de placeres sexuales que se dispone a ofrecer a su marido auténtico las pruebas de una desfloración hipotética.

En ambos casos hemos de suponer al marido en absoluto ignorante del pasado de su esposa. Ya hemos visto que el instinto y el impulso sexual se manifiestan en el hombre si no con más intensidad, al menos con más violencia, o por mejor decir, con más libertad expresiva que en la mujer. Comprendemos que para un hombre perfectamente enamorado en cuya pasión se armonizan equilbradamente los factores psíquico y fisiológico del deseo carnal, no es tarea nada fácil obligarle a someterse a los cánones de una técnica escrupulosa, puesto que él sabe que un exceso de preludios y caricias puede traer como consecuencia una detumescencia precoz que le deje, de momento, imposibilitado de continuar el ataque inmediatamente. Los excitantes psíquicos tienen en estos momentos tan poderosa intensidad, que es muy difícil oponerse en absoluto a su influencia hasta el extremo de anular por completo estas energías emocionales, que casi siempre resultan independientes de la voluntad.

Para efectuar una desfloración en los términos propuestos por la más perfecta técnica, se necesita de una autodisciplina que muy pocos hombres son capaces de invocar cuando, como decimos, los móviles de su matrimonio surgen principalmente del alma. En otro caso, la empresa resultaría bastante más fácil, puesto que la frialdad invocada no es más que una actitud gemela con la ausencia de un deseo vehemente de posesión de aquella mujer que no interesa al hombre ni en el aspecto psíquico ni en el carnal, ya que lo que se trata de conseguir con el matrimonio es un producto netamente económico.

Vemos que al hombre es difícil acreditar o negar la virginidad si nos atenemos a la numerosa variedad de procedimientos que las defraudadoras ponen en juego a fin de garantizar la pureza de su "mercancía", y esto en el supuesto dificilísimo de que el esposo o el amante estén dotados de todos los recursos que puede ofrecer la serenidad. Mas en la noche nupcial se evidencian una serie de fenómenos que son más que suficientes para entorpecer la demanda, en el caso de que el marido quisiera someterse al yugo de un espíritu anatómico para efectuar la observación.

La inquietud emocional del instante ya le resta facultades de independencia para realizar el análisis, tanto en el terreno anímico como en el fisiológico de la desposada. En este caso, el hombre representa la energía activa, y la mujer la pasiva, aunque en esta pasividad haya un deseo ferviente de salir del paso todo lo antes posible ya que, mujer al fin, su vanidad la impele, en cierto grado, a comprobar la eficacia de sus procedimientos astutos. El no puede sustraerse al mandato imperativo del instinto, y en tal instante, suponiendo que haya practicado el juego amoroso a la perfección, se olvida de las preocupaciones e inquietudes que antes le habrán atormentado acerca de si

su esposa le ofrecería o no las pruebas de esa virginidad tan anhelada. Va, como vulgarmente se dice, "derecho al bulto", y esos escrúpulos anteriores ya no significan nada en su disposición de ánimo, lleno por completo del afán estricto de consumar el matrimonio en todos los terrenos.

Esto, naturalmente, aunque sea sólo por instinto, no lo ignora la mujer; más fría, más reflexiva y más calculadora que él, ha previsto tras de muchas meditaciones lo que podría ocurrir, y aún recurrirá a cuantos medios crea eficaces para excitar hasta el punto más avanzado la sensualidad de su marido en lo que no ignora que ha de encontrar defensas muy poderosas para enfrentarse con los ataques de él y salir triunfante en la empresa.

Llegado el momento solemne de la intromisión, la primer defensa de la mujer se manifestará en la contracción, todo lo más violenta posible de los músculos y bulbos vestibulares, que se obstinan en defender el reducto de la voluptuosidad. El hombre, pese a su grado de excitación, que habrá llegado al máximo, advierte la dificultad de la penetración de su miembro viril, pero esto, lejos de constituir para él un obstáculo, supone un estímulo que le presta nuevas energías para, ya sin consideraciones ni miramientos, puesto que son la psique y la carne las fuerzas que imponen sus fueros, completar el acto prescindiendo en absoluto e inconscientemente de las lamentaciones y síntomas de sufrimiento que ofrezca la supuesta desflorada.

Después, si quiere, y ella no ha olvidado el detalle, puede advertir en las ropas de la cama las señales acreditadas como indudables de la desvirginización. La sangre puede provenir o de la vejiguita de pescado, o de una hemorragia real, producida en los tejidos del anillo vulvar, o de la vagina, como consecuencia de los frotamientos y de la violencia de la penetración.

Ella aún seguirá lamentándose de la brutalidad o de la violencia de la acometida, y entonces, para completar la comedia, reclamará una tregua, que el marido no podrá negarse a conceder, y más si media la promesa de que pasados unos momentos, los suficientes para lavarse, volverá a ofrecerse a él plenamente y esperanzada con poder experimentar los primeros deleites conyugales después del obligado trance cruento y doloroso de la iniciación.

Aparte de las circunstancias señaladas como garantía de la impunidad en que una mujer puede actuar en la primera noche de sus nupcias, pudiéramos señalar otras de índole psíquica también, pero en las cuales es preciso definir exactamente los elementos anímicos que cohiben al hombre por imposición directa de la mujer, si queremos decirlo así.

Llevando las cosas a un terreno de improbabilidad exagerado, vamos a admitir, por un momento, que el afán del esposo por comprobar exactamente si existe o no la virginidad auténtica llegue hasta el extremo de decidirle a efectuar una "investigación ocular" demasiado detenida. En este caso, el más simple para comprobar el estado verdadero de los órganos, si para ello se cuenta con algunos conocimientos de anatomía sexual, ¿cuál sería la actitud de la mujer, de sobra preparada para este posible trance?...

Cuanto más segura esté de que su virginidad—en este caso representada por la ausencia de la membrana himenal—, no existe, con más energía pretenderá demostrar todo lo contrario. En primer lugar, desplegará las avanzadillas de todo su descomunal ejército defensivo, pretendiendo disuadir al esposo de la inoportunidad de su ataque, argumentando, sobre poco más o menos, con las razones del pudor, en este caso sinceras. Pocas mujeres consienten a sus maridos examinar con alguna detención sus órganos genitales. Esta forma del pudor va asociada al temor de producir asco en el sentimiento del observador inoportuno. Una mujer sabe siempre que su orificio vulvar es la puerta de salida de secreciones repugnantes, de la sangre periódica, de la orina, etc. Además, la proximidad inmediata al ano, robustece considerablemente esta opinión, perfectamente consolidada en su convencimiento.

Pero vamos a suponer que el marido, obstinado y terco, insista. Desde luego está haciendo oposiciones a su desdicha, con la casi seguridad de que va a obtener plaza... Mas aún le quedan a su mujer armas formidables, tales como la apelación a su dignidad, a su honor, a su pureza, y, en fin, a todos esos motivos de la moral sexual, controladora de todo el resto de la ética, porque así lo quiere el mundo. Le hará ver que su pretensión no se explica por otras razones que las de una duda intolerable, que deja de ser duda para convertirse en una ofensa bestial e indigna de un hombre "como tú". El macho, de todo el fárrago de improperios que habrá oído surgir de la linda boca de su angustiada consorte, no habrá captado otras frases que esa que tanto halaga su vanidad: "Un hombre *como tú*..."

El, naturalmente, caldeado por el deseo, adivina que la partida va a perderse si continúa en ese plan inquisitivo. Tratará de quitarle importancia a la demanda, empezará a ceder terreno; pero ese terreno que él pierde, ella lo conquista inmediatamente, y ya no lo aban-

dona con tanta facilidad. ¿No se trata de la defensa de su dicha, o, acaso, de su porvenir? Una mujer, en este caso, pierde la vida antes que claudicar.

No obstante, él prosigue sus ataques, sus tentativas de comprobación, con súplicas, caricias y paliativos. Ella le mimará; fingirá acceder a las súplicas con un mohín de disgusto y de ofensa. Pero se entretendrá en la caricia tanto como le sea preciso para conseguir lo que pretende: no dejarse examinar. En este momento, digámoslo ya, la mujer ha hecho el máximo acopio de sangre fría: es poderosamente consciente de todas las virtudes energéticas de su férreo instinto de defensa. Y seguirá acariciando al esposo, hasta que esté persuadida de que el hombre ya no es más que un pene con ojos. Ahora, oportunísimamente, le rechaza con brusquedad insospechada, y le escupe llorando:

—"¡Canalla! ¡Dudar de mí!..."

Pero cuando tras de la escena vaya a volverle la espalda, él no podrá contenerse: entonces la poseerá brutalmente. Y lo demás, ya es de cuenta de ella que, al fin, se ha salido con la suya. ¿Habrá, por ventura, un final más bello para tal capítulo?...

Puede darse el caso de que la feroz intransigencia del esposo rebase todos los cálculos: pero entonces se nos ocurre relatar una anécdota bastante curiosa, que escuché de labios de la interesada hace algunos años.

Se trataba de una "demi vierge" bonaerense, buena amiga de toda nuestra tertutlia estudiantil, en el mejor sentido de la palabra. Culta, elegante, refinada, y, por añadidura, bellísima, con la fragancia de los veinte años. Su virginidad, al decir de ella, se quedó entre las caricias de un apuesto oficial de la Armada, con el que vivió unos meses. Después, fría de temperamento, no necesitó de los afectos sexuales de ningún hombre, viviendo cómodamente de su profesión de modelo de pintores y de casas de modas. Un pintor fué quien "la descubrió", por así decirlo. En una exposición de sus obras apareció la muchacha con el título de "Virgen gaucha". Y la fantasía de su virginidad, llegó poco menos que a hacerse célebre, conquistando un prestigio de autenticidad tal, que hasta un poeta glosó en cursilísimas octavas reales el encanto maravilloso de aquella flor pristina.

Un hombre riquísimo, uno de esos estancieros que cuentan sus posesiones por centenars de leguas cuadradas, creyó el mito de la virgen gaucha, que, por otra parte, había nacido en una de las sórdidas y terribles callejuelas que afluyen a La Boca bonaerense. Todo

esto, lector, parece que se lo estoy oyendo referir a ella, con ese impudor elegante y sugestivo de la mujer de altos vuelos.

Y llegó el día del matrimonio, bastante íntimo por cierto, puesto que el marido, ya de edad, no quiso dar demasiada publicidad a su erotismo específico. Pero, por lo visto, Buenos Aires, a pesar de sus tres y pico de millones de habitantes, también alberga chismosos como cualquier capital de provincia, y hubo un alma caritativa que denunció en un anónimo ciertos detalles de la vida anterior de la muchacha, denuncia que el esposo no echó en saco roto.

Ahora, dejemos que por entero hable ella:

"Yo no puedo negar—comenzó diciendo—que le amaba. Pero aquella proposición infame de que yo practicase ciertas escenas con una prostituta, y que dió origen a que ganase el divorcio, me obligaron a aborrecerle para siempre. Todavía fuí noble con él, puesto que ante el juez argumenté con razones distintas de las verdaderas en apoyo de mi demanda. No quise que nadie supiese hasta qué punto llegaba la degeneración de aquel hombre, porque, al fin y al cabo, yo había sido su esposa legítima.

"De novios empecé a tomarle un afecto que empezaba a ser amor. La diferencia de edad—me llevaba treinta y cuatro años—, dejó de constituir en mí un motivo de aversión, para convertirse en una gratitud de amante y de respeto casi filial. Pero la noche de la boda... Yo, ¿para qué negarlo?, iba preparada a todo evento, en lo que me ayudó una vecina, que alguna vez se vió complicada en los asuntos de la trata. ¿Pero iba a tener escrúpulos de conciencia cuando era mi porvenir y el de dos hermanitas lo que me jugaba si se demostraba lo que él ya sabía por el anónimo?... Antes me hizo firmar una carta, en la que yo confesaba mi crimen, para en el caso de que si comprobaba la denuncia, obtener el divorcio, aduciendo razones falsas, razones que, si a última hora yo no pasaba por ellas, dejarían paso al testimonio de esa carta que él me dictó y yo firmé en vista de mi negativa rotunda a someterme al reconocimiento de un médico amigo suyo.

"No hicimos más que entrar en el lecho, cuando se dispuso, sin duda con las instrucciones recibidas de su amigo, a reconocerme. Me negué. Lloré de rabia más que de vergüenza. Le insulté ferozmente, sin miedo a que la servidumbre del hotel se apercibiera del escándalo. Fué una escena terrible. Pero, repito, yo iba dispuesta a todo: un momento de vacilación, de pérdida de mi sangre fría, me hubiera sido fatal. Pero la serenidad de mi marido no era menor.

También él, como yo, quemaría sin rendirse hasta el último cartucho. La lucha estaba entablada.

"Ya pensé en darme por vencida confesando la verdad, pidiéndole perdón por mi infamia; pero, por otra parte, estaba convencida de que todo se habría perdido: los hombres sois tan egoístas, que sólo disculpáis a medias, aunque sinceramente no perdonáis nunca por completo. Pero tuve una inspiración repentina a la que debí mi triunfo. Salté al otro extremo del lecho, y desnuda, con el cabello al aire como una furia mitológica, le insulté. Y le dije:

"—Tú eres una bestia que quiere emborracharse de sangre, ¿no es eso? Pues para que veas que desprecio todos tus millones, tu cariño y el bienestar que me ofrecías, todo, te juro que no me poseerás nunca, que jamás seré tuya. Y para que veas que soy más noble que tú, sin que tú te lleves la flor de mi virginidad, porque hay ciertos manjares que no se hicieron para los "chanchos", y tú me inspiras desde ahora mismo una repugnancia invencible, mira:

"El, atónito, me vió hacer; la escena me salió divinamente. Con todos los dedos de la mano derecha juntos ataqué al reducto de mi virginidad supuesta, haciéndome, por cierto, un daño enorme. Las indicaciones de aquella comadrona me fueron tan útiles, que después de comprobar que la sangre afluía en abundancia por mis partes sexuales, me desmayé. Noté que se asustó muchísimo. Me cubrió de caricias todo el cuerpo. Cuando creí oportuno volver en mí, le vi humilde como un cordero: juraría que hasta había llorado en silencio. Y desde entonces, no he de negarlo, creo que a la compasión que me inspiraba, se unía algo, que si no era odio, se le parecía mucho.. Hasta cerca de una semana después no quebranté mi juramento. Luego me obligaba a pasar por el trance repugnante de sus extravíos eróticos, en los que mi papel era sólo pasivo, puesto que las caricias antinaturales que me suplicaba no se las hubiera hecho ni al hombre de quien más enamorada pudiera haber estado. Una vez, en vista de mis obstinadas nagativas a acceder a su asquerosa lujuria, me amenazó con entregar al juez la carta que me obligó a firmar. Pero, más lista que él, ya hacía tiempo que la quemé. Cuando lo supo, me abofeteó brutalmente. Me pidió perdón después. Y dos o tres meses más tarde, convencido de que yo no era una prostituta viciosa, sino, a pesar de todo, una mujer decente, resolvimos separarnos. Y con el producto de la indemnización que le reclamé, vine a Río Janeiro, donde vosotros sois testigos de que mi existencia es honesta, y, en cierto modo, feliz, ya que con mi tienda de modas creo que no necesito más para terminar dignamente el resto de mi vida."

Y era cierto.

En la narración del auténtico suceso que acabamos de exponer habrá visto el lector bien especificado ese instinto de defensa de la mujer ante el egoísmo del hombre. Su astucia es tan singular, que de reo puede convertirse en fiscal, sin hacer otra cosa que utilizar adecuadamente todos sus enérgicos medios de defensa. En este caso se trataba de una mujer de bastante inteligencia; pero una lugareña zafia e inculta no habría movido resortes mucho menos eficaces.

Si la prueba de la virginidad no se la hubiesen exigido en esa forma indelicada y brusca, reveladora de un completo desconocimiento de la psicología femenina y hubiera encontrado al esposo propicio a la comprensión, es fácil que, espontánea y noblemente, habría confesado. Pero cuando el poderoso no pretendía otra cosa que emplear su dinero en la adquisición de una mercancía, falto de amor del alma y lleno de lujuria de los sentidos, ¿podía la muchacha emplear las energías de su alma en otra empresa que no fuera la de engañarle?...

LOS ASPECTOS DEL «FLIRT»

El flirt y la pérdida de la virginidad.—Su gravedad.—Sus formas.—En Norteamérica.—Opresión y reacción.—La nueva generación.—Desestimación de la virginidad.—¿Con quién se practica el flirt?—Estudio psicológico.—El accidente.—La máxima prueba.—Flirt conyugal.—Actitud de la mujer.—Los "cines", centros del flirt.—Modalidades.—Un caso célebre.

Esta forma del galanteo, que rebasa los límites del amor platónico, entra de lleno en el campo de lo sexual específico, y es, como si dijéramos, el puente tendido sobre el abismo de lo desconocido, uno de cuyos extremos se asienta sobre el instinto y el otro sobre el impulso.

No vamos a tratar aquí del "flirt" como consecuencia del galanteo, de la conquista, del cortejo, etc., o como queramos llamarlo, pues todo esto constituye el motivo de un tema que merece cierta atención en el terreno psicológico, y requiere, por lo tanto, la independencia de un extenso volumen. Nos concretaremos en este capítulo a estudiar el "flirt" como uno de los agentes principales responsables de la pérdida de la virginidad, que después será necesario imitar, recurriendo, por consecuencia, al fraude.

Esta fórmula sexual, que algunos autores consideran como producto de la civilización moderna, creo que tiene más antigüedad de la que se le atribuye, aunque en otros tiempos se haya denominado de otra manera.

Dice Ellis en su obra *Psicología del sexo,* que en sus manifestaciones elementales, el flirteo es absolutamente natural y normal; puede observarse su práctica entre los mismos animales; es, sencillamente, el comienzo de un cortejo o noviazgo en esa primera etapa en que se conserva aún libertad, ya para seguir adelante, ya para suspender operaciones.

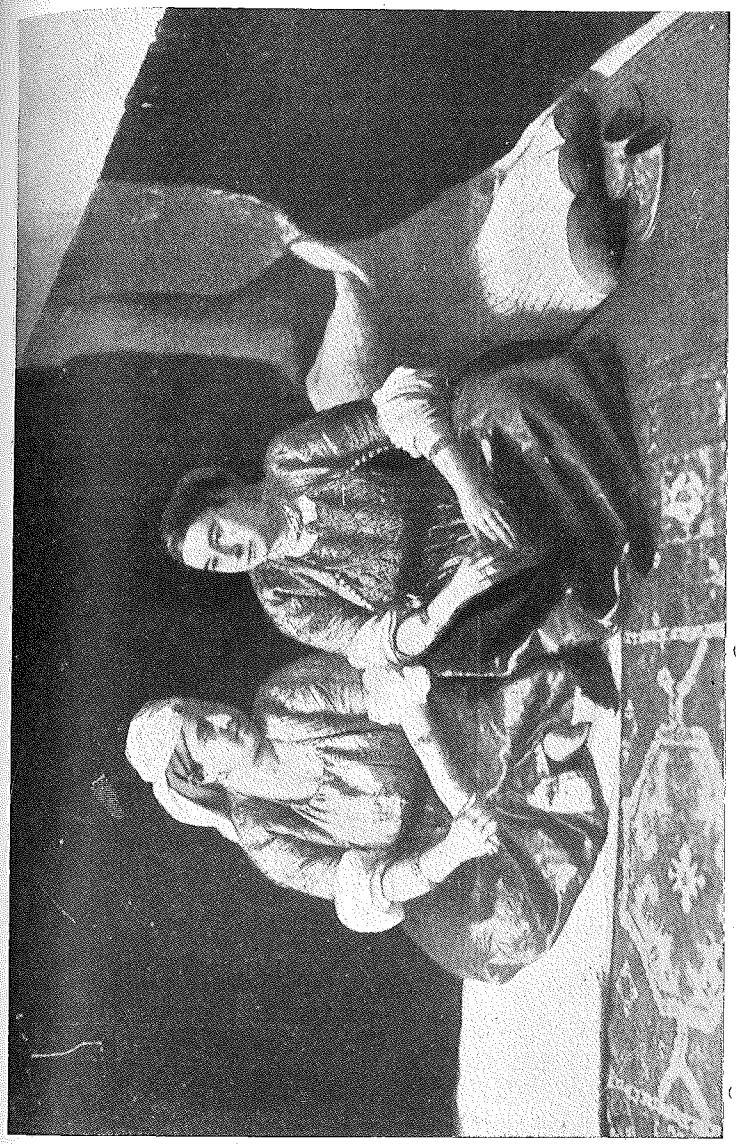
En las condiciones de nuestra vida moderna, sin embargo, el

flirteo—dice—se convierte en algo más grave que esto. Dichas condiciones dificultan el matrimonio, convierten el amor y el noviazgo en actos de gran trascendencia, que no pueden ser tratados sino con gran reserva y prudencia, y, al propio tiempo, tachan a las relaciones sexuales de situaciones peligrosas y deshonrosas. El flirteo se adapta perfectamente a esas condiciones, y en lugar de ser sencillo período preliminar del noviazgo normal, se desarrolla y convierte en una forma de relación sexual, todo lo completa que permiten los convencionalismos impuestos por las condiciones de vida actuales. En Alemania, y sobre todo en Francia, en donde se le tiene gran aversión, ésta es la única forma de flirteo que se conoce. Se considera como una exportación de los Estados Unidos, cuyo resultado práctico es la semivirgen, que conoce, por experiencia, los placeres del sexo, pero conserva el himen intacto aún.

Esta forma degenerada del flirteo, cultivado, no como parte del cortejo, sino por el placer que en sí proporciona, ha sido admirablemente descrita por el doctor Forel (*Die Sexuelle Frage*). Dicho escritor lo define diciendo que abarca "todas las manifestaciones del instinto sexual con que un individuo puede despertar el deseo carnal de otro individuo, exceptuando únicamente el coito". Empieza a veces por una mirada más o menos provocativa o por un contacto inesperado; luego, por ligeras graduaciones, se pasa a los besos, caricias y abrazos, y, en ocasiones, a tocamientos y fricciones de las partes externas que producen orgasmo.

Forel dice a este propósito que una mujer voluptuosa puede, sólo con el roce de sus vestidos, conseguir emisión en su pareja. Desde el principio hasta el fin, el flirteo se desarrolla sin necesidad de explicaciones o declaraciones de una ni otra parte, las cuales conservan su libertad absoluta, sin compromiso para el porvenir y sin otro fin que el placer que el mismo flirteo les proporciona.

Existe otra forma en este procedimiento amoroso, que consiste sólo y exclusivamente en conversaciones excitantes sobre asuntos eróticos e indecorosos. "La mujer—dice Ellis—, lo mismo que el hombre, puede tomar parte activa en dicha forma de flirteo: pero una mujer precisa gran habilidad y firmeza de espíritu: de lo contrario, sólo consigue repeler al hombre y arriesgar su buen nombre. Esto mismo podría decirse también del hombre, porque las mujeres, aun cuando encuentran gusto en el flirteo, suelen, por lo general, preferir otras formas más finas y menos expuestas que ésta. Las formas de flirteo son innumerables, y si bien como preliminar de un noviazgo



Mujeres hebreas.

LAMINA VII



Novia musulmana en traje nupcial.

LAMINA VIII

está justificado y resulta normal "en sí y sin otro fin que el placer del momento", Forel opina que "es un fenómeno de degeneración".

Desde el punto de vista francés, el flirteo y sus consecuencias ha sido discutido por Mme. Bentzon. Esta escritora, sin embargo, no comprende ni conoce la base natural de flirteo como preliminar del noviazgo normal: lo considera única y exclusivamente bajo su aspecto anormal y equívoco, y como tal lo califica de pecado contra la ley que prohibe "jugar con el amor". Opina al mismo tiempo que en América es menos ofensivo que en otras partes, si bien ejerce una influencia perniciosa en la mujer, por el temperamento, la educación y las costumbres especiales de los americanos. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que el juego tiene relación con todas las actividades vitales, y que los críticos del flirteo deben atenerse a los límites normales que éste debiera tener, no a su derecho a existir.

Y no es cierto que en América sucedan las cosas como la señora Bentzon dice, y ello, sin necesidad de echar mano de las célebres investigaciones, recientísimas por cierto, del famoso juez Ben Lindsey, magistrado del Tribunal de Menores de Denver. (Lámina III.)

La muchacha norteamericana ya "vive su vida" como pueda vivirla un muchacho. Esta libertad sexual va bastante más allá de lo que nosotros queremos entender por flirteo, y hasta diríamos que las garantías de esa libre acción están, simplemente, en la difusión que han alcanzado los más eficaces contraconceptivos.

Por otra parte, el desdén por la virginidad toma entre los americanos formas muy semejantes a las que adopta entre los habitantes de Madagascar. Y con esto no entra en nuestro ánimo el deseo de establecer un parangón desdeñoso ni para unos ni para otros: estimo, sinceramente, que la virginidad en ese aspecto fundamental que los meridionales le atribuyen, no merece la pena de tomarla más en serio...

Y, además, existen otras circunstancias demostrativas de lo equivocado del aserto de Mme. Bentzon: En Norteamérica, civilizada por Europa y hasta construída si se quiere, la mujer ha vivido muy largos siglos de esclavitud, por muchas razones: primero, el poso moral importado; después, las imposiciones de la lucha por la vida, que obligaban a todos los seres a rendir el máximo de su actividad, en demanda del producto necesario para la emancipación económica, y, en fin, las disciplinas todas que impone la necesidad de construir una civilización subordinada a los viejos métodos en un país

nuevo... Esta esclavitud moral, que después dió paso a las manifestaciones vigorosas de una mayor energía vital, demostradas por los progresos científicos, por las conquistas democráticas, y, en resumen, por la estructuración rápidamente consolidada de una verdadera civilización completamente nueva, esa esclavitud, repito, fué tanto como una opresión fuerte, que se resolvió en la reacción brusca de ese progreso, como obedeciendo a la invariabilidad de la ley física.

El desarrollo de la nueva educación, trajo como consecuencia el auge de una nueva independencia, pródiga en completas facilidades para poder vivir. Tal es, simplemente, el bosquejo más rápido y sintético de las causas de esa discutida libertad sexual en que vive actualmente la juventud americana.

Y no creo que sea sólo la juventud americana la que haya experimentado las sacudidas violentas de las revoluciones modernas, en todos los sentidos. Esa rebeldía de la juventud contra los cánones de las viejas morales, no ha tenido precedentes, por su energía, en otras épocas históricas. Ni los tiempos que sucedieron al desmoronamiento de Roma, ni el período de la Restauración iniciada en Inglaterra en 1660, ni la misma Revolución Francesa, pueden compararse con la influencia decisiva que en todos los órdenes de la moral y de la sociedad tuvieron los adelantos y conmociones del actual siglo.

Calverton, acerca de esto, dice: "Una de las características de esta rebelión más rara vez conocida es que en ella predomina el elemento femenino. Las mujeres y las muchachas se han rebelado más que los hombres y los jóvenes. Los hombres y los jóvenes ya se tomaban libertades sexuales en los viejos tiempos, aunque de una manera clandestina y furtiva. Para el hombre, la rebelión ha consistido mayormente en la destrucción de sus concepciones y de sus ideales. (Aquí, Calverton, también quiere referirse al ideal de la virginidad, en su acepción moral.) Lo que antes hacía con ciertos remordimientos de conciencia—prosigue—, lo hace ahora con una decisión inteligente. La mujer y la muchacha, por el contrario, no habían podido ceder nunca a las seducciones de Eros. Las que sucumbían eran escarnecidas por inmorales y vulgares.

En aquellos tiempos, *la mujer decente* reservaba sus afectos para la cámara nupcial, y si el matrimonio no llegaba nunca, sólo el cielo prometía un desahogo a la monótona carrera de la virgen. Hoy día la decencia ha perdido todo su encanto. La ingenuidad ha dejado de ser una aspiración femenina. Las vírgenes no se atreven

a confesar que lo son. En la época moderna, el conocimiento es más importante que la inocencia, incluso para las mujeres.

Mientras el hombre recurría antaño a las prostitutas de cabaret y de la casa de mala fama para sus aventuras, ahora empieza a utilizar a las muchachas de los círculos más cultos y emancipados. Era, pues, inevitable la decadencia del atractivo de la prostituta, como se observa actualmente.

Los miembros de la joven generación no pueden comprender la enormidad de este progreso, que a ellos no les parece en modo alguno una revolución. Para poder apreciar lo extraordinario del cambio, lo profundo de esta transmutación de valores, es necesario comprender la vieja moral que observaban las mujeres del pasado siglo."

Luego demostrada la evidencia de la libertad sexual de la muchacha de hoy, libertad que se manifiesta, no solo en los manejos de un flirt más o menos profundo, sino hasta en la desestimación de la virginidad como fundamento de la vieja moral en uno de sus aspectos esenciales, no faltará alguien que algún día, acaso muy cercano, pregone a voz en grito que la conservación de la virginidad, aparte de constituir un atentado contra las leyes biológicas, supone un signo de atraso y de incultura que es preciso desterrar. Y, después de todo, ¿habría razones muy poderosas para negarlo?...

Pero no salgamos del límite que nos hemos trazado. Sin querer, invadimos un campo que no es el nuestro al conceder demasiada importancia a la cuestión en el terreno por el cual, entusiasmados, discurríamos... Sigamos, pues, con el flirt.

En el momento en que una muchacha concede a su amigo derecho para estas libertades, ¿qué podemos decir del valor de su virginidad moral, según lo que la moral entiende por virginidad?... De aquí a la pérdida del signo físico, la distancia va a ser corta, y el camino bastante grato. Lo más probable es que el novio, lo que se entiende por "novio" en el sentido de haber sido el iniciador de su compañera en esta suerte preliminar de juegos eróticos, no es, frecuentemente, el que tiene a su cargo la responsabilidad de la desvirginización, cuando el accidente ocurre como consecuencia del flirt. Lo de *accidente,* que conste, es una palabra a la que en este caso hemos de conceder el máximo valor, ya que la empleamos en su acepción más legítima.

Una muchacha no flirtea más que con aquel que sabe que no puede ser su novio, o, mejor dicho, con quien ella espera despo-

sarse algún día: esto, por regla general. Diferencias de edad, de posición económica, de nivel intelectual, o, en fin, circunstancias equivalentes, tienen en la orientación de la mujer el valor de una garantía, aunque solo por su parte, de que no se entregará plenamente, puesto que sólo aspira a deleitarse con estos remedos del contacto perfecto, sin los peligros que ello pudiera acarrear a su concepto del honor y de la pública estimación. Si mediase el amor, ya no podríamos llamar flirteo a estos juegos peligrosos, aunque algunas veces el amor se manifieste como consecuencia del flirt. El caso inverso, pese a su escasísima diferenciación, por ese tan repetido "espíritu de cuerpo", ya no se traduce en flirt, sino en plena posesión, puesto que la mujer prefiere el hecho auténtico a las imitaciones, con vistas, en la mayoría de los casos, a la reivindicación matrimonial.

Pero si la actitud reflexiva de la mujer se convierte en esa resistencia a la desfloración, la del hombre, insatisfecho en su erotismo en virtud de la negativa de ella a practicar lo que ha de satisfacerle plenamente, es una disposición distinta, y cuando estima que puede zafarse de la responsabilidad en que pudiera incurrir, todo su anhelo estriba en aprovechar el menor descuido para culminar en el logro de sus aspiraciones. Y cuando eso sucede, entonces se produce el hecho *per accidens* desde el punto de vista femenino, que ni anhelaba ni necesitaba de la penetración desfloradora.

En este caso, el hombre puede estar animado de un deseo aparentemente sincero o sincero en síntesis de ser correspondido en el amor que, aunque sólo sea de momento y en virtud de su mayor impresionabilidad sexual, profese a su amiga; pero este complejo, raramente se produce en ella; no olvidemos ni por un momento, que la mujer, por instinto nada más, no dejará, pese a la intensidad de las mayores emociones, de dejar de ser dueña de sí. Pero la agilidad de él o lo violento del ataque, no dará tiempo a la mujer de impedir que el frote del miembro viril en la entrada vulvar se traduzca, repentinamente, en una penetración completa de consecuencias irreparables.

Y ya tenemos aquí a la semi-virgen convertida en ex virgen verdadera.

Cuando el amor ha tejido sus lazos entre ambos, ella, a pesar de todo, anhela la entrega tanto como él la posesión. Por esto ha sido fama en todos los tiempos y entre todas las gentes, que la máxima prueba del amor, había de interpretarse por la entrega absoluta de todo el ser para la consumación del acto material. Pero en algunos casos, el hombre es capaz de disfrazar su deseo con los áureos y bellos ropajes del amor, como la mujer viste con idénticas galas, el impulso, la curiosidad o la ambición...

En el amor sexual normal, o, mejor dicho, completo, existe una tendencia recíproca a desear más el deleite que se procura que el que se recibe. Otro tanto puede decirse de los juegos amorosos de dos amantes sinceros, sin llegar, como en el flirt, a la penetración, y que por tanto pudiéramos llamar *flirt conyugal*. O sea, que el placer verdadero o la mejor disposición para experimentarlo, surge al comprobar que el ser amado se abandona a las otras caricias en su actividad para devolverlas. Ahora bien, en el flirt extraconyugal que no admite la realización completa, cuando entre ambos no existe otro vínculo espiritual que el de la amistad o el conocimiento necesarios para llegar a esos extremos, es fácil que, aunque el hombre, por el momento, observe la misma actitud que el cónyuge enamorado, esto es, que se esfuerce en procurar deleite sin ocuparse de él mismo, la mujer permanecerá completamente alejada de toda disposición altruista no importándole nada más que la satisfacción de su propio deseo, única y exclusivamente. Si se ve obligada a corresponder a las caricias, lo hace sólo porque sabe que ello es el precio de las sensaciones que espera recibir.

Las formas de estos juegos se traducen en todas las manifestaciones de la sexualidad normal y viciosa, con toda su cohorte de fórmulas aberrantes, pero, eso sí, conservando intacta la membrana himen por las razones que ya hemos referido con extensión tan abundante.

Y no nos parece justo achacar la práctica del flirt a la *girl* americana exclusivamente. Esta ola de sensualidad desencadenada que agita al mundo, ha dejado de ser un fenómeno local de las grandes ciudades, para convertirse en una práctica corriente hasta en las localidades más pequeñas; con que haya un cinematógrafo en la aldea, el flirt llevará a los jóvenes en mayor proporción que el interés de los programas.

Estos espectáculos son los lugares preferidos para esta clase de manejos eróticos, que en butacas, por ejemplo, se manifiestan en una modalidad, y en los palcos o localidades aisladas, de otra. En el primer caso, el hecho puede depender tanto de la audacia del hombre como de la pasividad de la mujer. Generalmente, no solo no se conocen, sino que no se han visto en la vida, y es

fácil que después de la escena, ni se miren siquiera al rostro.

En estas circunstancias, el flirt ya no cuenta con el recurso psíquico del beso: se limita, exclusivamente, a la masturbación recíproca o a los toques en los centros erógenos primarios hasta llegar al orgasmo. Esta modalidad, la más grosera y frecuente, no lleva consigo el peligro de la pérdida de la virginidad, al menos causada por los medios naturales. La ruptura de la membrana por acción digital es casi imposible, puesto que la mujer toma siempre las necesarias precauciones de defensa y el flirteador, por su parte, sabe que un grito o una queja sería suficiente para provocar el escándalo con toda su secuela de peligrosas molestias.

Reproduciremos, en fin, un suelto recortado de los periódicos brasileños hace algún tiempo. La noticia decía así:

"En el teatro N. ocurrió anoche un incidente que está siendo comentadísimo por la calidad de las personas que en él intervinieron y las consecuencias que puedan derivarse. En un palco, asistía a la representación de la película "Z" la distinguida señora de X., cuando se oyeron lamentos de dolor que llamaron la atención del numeroso público que llenaba el coliseo. Uno de los empleados, que estaba cerca del palco a que aludimos, acudió para comprobar lo que ocurría, hallando a la señora de X. que daba muestras de gran excitación, y en el suelo al señor R., conocido aristócrata paulista, en medio de un charco de sangre que afluía en abundancia de una herida que presentaba en las inmediaciones (?) de la región inguinal. Conducido a la ambulancia sanitaria de la calle de P., fué reconocido por los facultativos de guardia, que procedieron inmediatamente a la curación de la herida, calificándose el estado del señor R. de grave. Dada la índole del asunto, la Policía trabaja con gran actividad, rodeando las investigaciones de una impenetrable reserva que imposibilita casi en absoluto la labor reporteril, que, por otra parte, tampoco encuentra motivos para describir en el terreno de la honestidad las posibles causas de la herida que el citado señor R. padece."

En el caso precedente, la perspicacia del lector habrá descubierto las causas que fueron impublicables en la Prensa diaria, pero que dió motivo a la intervención médico-legal, y, más tarde, al suicidio del esposo de la señora X. Tengo referencias de que en una gran ciudad española ocurrió un caso parecido, no hace muchos años, que fué comentadísimo en los círculos aristocráticos.

LOS PUEBLOS FRENTE AL FRAUDE

La condenación de la ex virgen.—Influencia relativa de la civilización.—Actitud de los georgianos.—La venganza del esposo.—Los "wapokomos".—El predominio de la mujer.—Sanciones de los araucanos.—Los "pieles rojas".—Juego de excitación.—Los hebreos.—¿Son todas vírgenes?—Los marroquíes.—Diferencias de apreciación.

CUANTO más apreciada ha sido la virginidad, tanto más enérgicos han sido los medios puestos en juego para garantizarla, y más crueles las sanciones impuestas para castigar a la mujer que se dejaba ganar los signos del virginal atributo.

Allá por los tiempos de la Inquisición, la pérdida de la virginidad se castigaba con la muerte de la desvirginizada en nombre de un Dios—decían los teólogos—que anhelaba venganza. Esta contradicción entre la Biología y la Teología sigue manifestándose en una pugna acérrima. Lo mismo que la pérdida de la virginidad, se castigaba el adulterio. La moral del tiempo creó figuras de delito con sólo leves indicios de violación de las leyes brutales que aquellos jueces instituyeron.

Pero no hemos de remontarnos a los viejos tiempos, ya que la evolución de las civilizaciones ha cristalizado en una más justa interpretación de lo que aún se llaman delitos sexuales, pero que sólo si van teniendo importancia en el seno ideológico de los tradicionalistas y conservadores, que, a pesar de todo, se esfuerzan en permanecer aferrados al perfume que exhala el vacío esenciero de sus recuerdos, sin salir a la luz de los modernos tiempos por un miedo pavoroso a perecer irremisiblemente ante el empuje vigoroso de las corrientes modernas, más nobles, más puras y bastante más comprensivas...

La civilización, repito, ha desterrado las bestiales sanciones que se imponían a la ex virgen; pero, a pesar de la influencia de los pueblos civilizados, y aun en pleno territorio de los países que se

estiman supercultos, como ocurre entre algunas tribus indias de los Estados Unidos, como se observa en las colonias y dominios de Europa en las cuatro partes restantes del mundo, y como sucede a las mismas puertas de la Europa civilizada cual es Transcaucasia, ni las represiones de las autoridades ni el ejemplo de las razas superiores extranjeras, han podido desterrar completamente el anatema ni las consecuencias violentas que lleva aparejadas para la mujer que va al matrimonio sin la prueba elemental de su pureza.

Y ya que hablamos de Transcaucasia, comencemos por esta región el examen de las costumbres que existen de luengos siglos entre sus habitantes con relación a la virginidad fraudulenta.

En primer lugar, cuando una muchacha casadera se pone en relaciones con un hombre, es uso inveterado colocarla una especie de faja o corsé de piel que cosen a su carne en forma que sólo deja dos pequeños orificios que corresponden al ano y a la vulva con objeto de que puedan evacuar las necesidades fisiológicas. Un hombre se guardará muy mucho de intentar maniobras obscenas con su prometida, pues este solo hecho daría lugar a la formación de un proceso que siempre acaba mal para el libertino. El hombre, al entablar las relaciones amorosas con su prometida, ya sabe a qué atenerse y qué es lo que le espera en el caso de alguna tentativa de la índole apuntada. Tal es la influencia de la costumbre que se ha convertido en ley, al parecer, inmutable.

La moral sexual de la mujer es tan rígida en ese punto, que al decir de los viajeros, rara vez deja de denunciar a su prometido cuando se toma ciertas libertades. Esto, como en todo el género femenino, me atrevo a asegurar que obedece a ese instinto de defensa tan arraigado en su ética, y ello porque sabe que en el caso de que no aportase al matrimonio el inapreciable tesoro de su virginidad, responderá con la vida la consciencia del fraude o la inconsciencia de su estado.

La ceremonia nupcial se celebra con la asistencia de todos los habitantes de la aldea y con arreglo al rito mahometano, simulándose previamente un rapto.

Los georgianos, que ocupan el centro de la Transcaucasia y que es a quienes nos referimos, son en su mayor parte el tipo ideal de la belleza. Son altos y robustos, de piel clara, de pelo castaño o negro y de ojos pardos o grises. Todos hemos oído hablar de las bellezas georgianas. Su semblante, finamente cincelado; su tez, clara; sus ojos, grandes y rasgados, y su porte distinguido, en el que

están combinadas la dignidad natural con la voluptuosidad, son sus rasgos característicos. Las georgianas abundan y ejercen gran influencia en todos los harenes de Oriente, y su sangre corre por las venas de nobles turcos, egipcios, persas y tártaros. Pero, a pesar de todos estos atractivos, carecen de vivacidad y de expresión. (Lámina IV, A.)

Después de celebrada la ceremonia de la boda, los invitados se reúnen en un banquete y los novios pasan a la cámara nupcial, donde va a consumarse el matrimonio. Los georgianos, sin distinción de sexos ni edades, manejan el puñal con una destreza admirable. Este arma juega en la noche de la boda el papel principalísimo de descoser a la novia la faja de castidad, que no tarda en caer a los pies de la desposada mediante los hábiles cortes de su marido. Y cuentan algunos viajeros, que si después del primer contacto carnal el novio no advierte la presencia de unas gotas de sangre como prueba auténtica de la desfloración, está en el derecho de utilizar el cuchillo para asesinar a su esposa, asegurando dichos narradores que un georgiano, sea de la clase que sea, no perdona nunca esta gravísima ofensa inferida a su altivo orgullo de macho.

En el Africa Oriental Inglesa hay una tribu muy numerosa, la de los negros *wapokomos*, cuyos hombres son altos y robustos, pero muy cobardes y hasta de carácter ligeramente afeminado. Ellas, en cambio, son más finas y más valerosas, llegando a reemplazar al hombre en las luchas y diferencias surgidas con las tribus vecinas. Por este hecho, la mujer *wapokoma* desempeña un papel de gran importancia y prestigio social hasta el extremo de ser admiradas por los mismos enemigos de la tribu, cuyos sacerdotes y curanderos no tiene nada de particular que algunas veces se dejen aconsejar por estas bizarras amazonas.

Puede decirse que su prestigio es también mágico-religioso, y hasta cierto punto, gozan de una especie de inviolabilidad, ya que para juzgar una falta o un delito cometida por una *wapokoma*, tiene que ser juzgada por el consejo de ancianos de la tribu. En este país sería de suponer que la mujer gozase de plena libertad para hacer cuanto quisiese independiente de la opinión del hombre; pero no sucede así. Hay un aspecto cual es el de la virginidad, que supone un contraste violentísimo con la práctica de las demás costumbres, aunque en nada se relaciona con una interpretación de la moral sexual, que, por cierto, es desconocida entre estos indígenas.

Ahora bien, aunque una muchacha pueda comenzar el comercio

carnal apenas salida de los pechos de su madre, nadie la recriminará su conducta ni se mezclará en su vida, pero ya pesa sobre ella para siempre la prohibición terminante de contraer matrimonio en vista de que éste se consuma después de una solemne ceremonia mágico-religiosa a la que asisten como principales invitados todos los jefes y hechiceros de las tribus amigas. El matrimonio religioso ha de ir seguido, inexorablemente, de la desvirginización auténtica de la desposada, para lo cual estas gentes no admiten otras pruebas que las de la efusión de sangre.

Pero lo mismo en esta raza que en todas las que pueblan el globo, la mujer puede ir al matrimonio completamente virgen, aunque carente del signo físico, bien porque su ausencia sea congénita, o bien porque lo haya perdido fuera de todo contacto con varón. En este caso, la mujer que así pretende sorprender la buena fe de un hombre, o, mejor dicho, el prestigio de la tribu, es condenada a muerte, obligándose a ingerir un tóxico hecho a base de savia de higuera silvestre y otros venenos vegetales muy activos. El cadáver es inmediatamente incinerado y arrojadas sus cenizas a las turbulentas aguas del río Tana, que fecunda con su limo las tierras pródigas del país.

Al Sur de Chile y de la Argentina habitan los araucanos, raza independiente que no desdeña ocasión de demostrar su repugnancia por el yugo extranjero.

Se dice que desde los tiempos de la dominación española hasta nuestros días, pese a la civilización y a la influencia de la moderna cultura americana, los usos y costumbres de los araucanos no han sufrido la más breve transformación. Las mujeres de estas tribus pueden incluirse entre las verdaderamente bellas de todo el continente americano, y si son apreciables por sus prendas físicas no lo son menos por sus dotes morales. (Lámina V, A y B.)

La estimación por la virginidad es tanta que las doncellas gozan de infinitos privilegios por considerárseles esposas de sus divinidades, y en las ceremonias religiosas ocupan los puestos de honor como sacerdotisas de los templos. No cabe duda que los araucanos adoran a la virginidad casi por lo mismo que nosotros la estimamos o tal vez por idénticos motivos que lo hicieron los romanos. Desde luego la posesión de la virginidad es, como entre nosotros, el símbolo más completo de la verdadera pureza y ya no solo el del honor de la familia, sino hasta el de la tribu.

Pero estas mujeres, como todas, están sujetas a las leyes del

instinto y, por lo tanto, los deslices que traen como consecuencia la pérdida del signo físico, son también frecuentes. Esto, el marido araucano defraudado, no lo perdona: se cobra también con la vida de su cónyuge, aunque está en la obligación de indemnizar a los padres de la muerta con una parte de su fortuna o de sus ganados. La ex virgen inmolada en holocausto de este concepto del honor matrimonial, pasa a formar parte de la inmensa legión de espíritus benéficos a quienes los araucanos adoran.

No obstante, los beneméritos trabajos de las Misiones católicas, abundantemente establecidas en todo el territorio, van acabando poco a poco con estas costumbres brutales e inhumanas.

Y ya que hablamos de América ocupémonos del mismo aspecto entre los pieles-rojas *sioux, iowas* y *monakanes* que habitan en una vasta región del territorio de los Estados Unidos.

Entre estas gentes se da el caso curioso de que el matrimonio sólo debe consumarse después de tres o cuatro meses de celebrada la ceremonia nupcial por ser creencia entre las mujeres, si el acto se efectúa antes, que el esposo no fué a ella por amor sino sólo por el deseo de poseerla carnalmente. Y se dice que estas indias llevan hasta tal extremo la defensa de sus fueros, que no se da un solo caso de que la desvirginización ocurra antes del plazo tradicional.

Cuando la esposa considera llegada la hora de entregarse plenamente a su señor, se dice que monta a caballo, ya que es una consumada amazona, y con cualquier pretexto le obliga al marido a seguirla. En el terreno de la psicología sexual pudiéramos decir que esta persecución tiene por objeto provocar la tumescencia, ya que los ejercicios violentos, como las danzas, los saltos, e incluso los bailes que aún se conservan en algunas comarcas y que se celebran en la noche de San Juan, siendo todos equivalentes y encaminados al mismo fin, suponen una demostración de que el hombre se aproxima a las escalas zoológicas inferiores, o por razones de atavismo, o por espontánea manifestación del instinto.

Cuando el indio logra dar alcance a su perseguida, no la aprisiona con delicadeza como parecería lo más indicado, puesto que ya sabe cuál es el motivo de la persecución, sino que la tira el lazo arrojándola del caballo violentamente. Entonces ella hace como que se defiende, pero siempre termina por rendirse a las caricias del esposo, que se cobra sus derechos hasta la plenitud.

Si después del acto comprueba que su mujer no era virgen, prescindiendo de toda consideración a la debilidad del sexo, la enlaza

fuertemente, ata el lazo al arzón, y así conduce a la defraudadora hasta el poblado, adonde es raro que no llegue muerta y destrozada. (Lámina VI.)

Veamos ahora cuáles son las consecuencias que entre los hebreos tiene la desvirginización prematrimonial de la joven desposada. Naturalmente, en las colonias que habitan en pueblos incorporados de lleno a la civilización estos usos antiguos van modificándose, aunque muy lentamente, pues no creo que exista una raza más aferrada a los tradicionalismos que la israelita. Ahora bien, en Marruecos, Siria, Palestina y otros países donde la evolución cultural es mucho más lenta y las familias hebreas habitan, aunque en barrios aparte, dentro de las ciudades indígenas, aún puede observarse la presencia en las ventanas de las casas de los *mel-lahs* de sábanas cuya albura está maculada por unas manchitas rojas, lo que prueba que aquella noche ha dormido en el predio una pareja de recién casados, los cuales comprobaron suficientemente que la virginidad de ella era auténtica. Claro es que esta afirmación está subordinada a la posibilidad de los manejos fraudulentos para encubrir la realidad de los hechos.

Siendo las pruebas cruentas una manifestación, no sólo real sino también simbólica, lo que entre los hebreos tiene la máxima importancia, es obvio suponer que no solo el marido, sino la comunidad por extensión, necesitan irremediablemente de esas manchas sobre las sábanas.

Lo que no hemos podido averiguar es si en realidad las manchas son siempre auténticas o algunas veces son simuladas, incluso con el consentimiento del esposo; pero de lo que sí estamos seguros es de que a la mañana siguiente de la boda no hay un hebreo que deje de mostrar en la ventana de su casa la bandera simbólica. Si vamos a admitir la realidad indiscutible de la prueba, hay que pensar en que las mujeres hebreas son las únicas del mundo que conservan la virginidad anatómica y que no es posible admitir los casos de aplaxia de la membrana himenal. (Lám. VII.)

Esta conformidad nos parece más discreta que pensar en la posibilidad de los fraudes, aunque prescindamos de la sospecha de que los caracteres morfológicos de la judía deben ser singularísimos en la familia humana.

¿Pero entonces cómo podremos explicarnos la pena de lapidación impuesta a las que a la mañana siguiente de sus nupcias no podían exhibir la sábana a las comadres del barrio? Dejamos al lector que

medite sobre tal extremo, en relación con la integridad de las características morfológicas típicas que buscan los intransigentes.

No obstante la labor de las autoridades en contra de estas infracciones del derecho natural, no hace muchos meses la Prensa del Marruecos francés relataba un caso de lapidación, lo que pudo evitarse gracias a una denuncia que motivó la rápida intervención de la Policía. Pero antiguamente, y precisamente en Marruecos, tenemos noticias de que la mujer que se presentaba ante su esposo carente de la prueba insustituible, era condenada a ser enterrada viva o a morir entre cuatro paredes sin posibilidad de salvación, puesto que el honor de la raza lo exigía así.

En Marruecos es, quizá, donde la virginidad alcanza el máximo aprecio. Pero ya hemos visto, al tratar de la desfloración, cómo esta misión está encomendada a una matrona que se encarga, en la mayoría de los casos, de destruir la membrana sirviéndose de los dedos. (Lám. VIII.) El marido la quiere desflorada, pero por dicho procedimiento. Y hay que decir que aunque la virginidad no exista, la matrona se cuida de producir una prudente hemorragia en los genitales de la novia, y estas muestras las ofrece a la consideración de las mujeres que en medio de un silencio solemne esperan los resultados de la operación en una estancia inmediata. (Lám. IV, B.)

Pero a pesar de todos los buenos oficios de la curandera, puede haber madres exigentes que quieran para su hijo una autenticidad a prueba de investigaciones serias, en cuya caso la matrona, remunerada en la misma proporción que lo hagan los padres de la muchacha, no tiene más remedio que ser imparcial. Entonces, si el fraude existe y se descubre, el desprecio de la kabila caerá sobre toda la familia de la desdichada, y, sobre ella, algo más que el desprecio: llevada a las afueras del aduar, será muerta a pedradas como un perro rabioso o vaciados sus ojos a punta de fuego. Con iguales penas se castiga el adulterio, y no es difícil a cualquiera que viaje por Marruecos ver a estas desgraciadas que llevan en su ceguera eterna la feroz maldición de Alah, invocando el fondo de piedad que reside en el alma de todo buen musulmán.

Costumbres semejantes existen en otros pueblos, donde, por unos u otros motivos, la valoración de la virginidad forma parte del alma de las familias y es la piedra de toque de la dignidad de la tribu. Pero por regla general, ya lo hemos dicho, los motivos mágicos suponen mucho más que los prejuicios sociales, con los que la sexualidad no parece tener una vinculación demasiado estrecha, como ocu-

rre entre los civilizados. No obstante, es de esperar que los progresos de la civilización extirparán de raíz esas costumbres, y que la nueva moral surja por encima de las tradiciones petrificadas que, biológicamente al menos, pesan como losas de plomo sobre la moral, impidiéndola que se desarrolle y discurra por los cauces lógicos de ese derecho natural que los hombres, saliendo por los fueros de la religión o de la moral, deformaron con su egoísmo imperativo e intransigente, pensando, acaso, que la mujer era distinta del hombre.

LA NUEVA MORAL SEXUAL

Bases que se derrumban.—La inversión de los métodos.—La muchacha moderna.—La seducción.—La mujer, ataca.—Orientaciones.—La vieja moral.—Rebelión femenina.—En Alemania.—La castidad antigua. — Costumbres matrimoniales. — El desprecio hacia las vírgenes.—Independencia entre el sexo y la moral.—El matrimonio de prueba en Rusia.—Su utilidad.—Una opinión inadmisible.—Las dos virginidades. — La anarquía sexual. — Diferencias de apreciación.

Está demostrado hasta la saciedad que la virginidad, considerada como base de la moral de las familias y aun de los pueblos, es una cimentación que hace tiempo empezó a sentirse socavada por las nuevas concepciones de la ética y de las costumbres. La sumisión tradicional de la mujer a las leyes escritas y defendidas por los hombres, ya no es más que un mito sin valor real alguno. Y no es que la mujer, al conquistar sus derechos naturales, haya dado lugar a la desmoralización de las costumbres, como aún sostienen los puritanos intransigentes y anacrónicos: la mujer no ha hecho otra cosa que incorporarse a las corrientes y rutas trazadas por los hombres.

Si hasta ahora hemos estimado al hombre como controlador de la moral y como árbitro de su guarda, aplicaremos el adagio que dice: "Cuando el padre guardián juega a los naipes, ¿qué harán los demás frailes?..." Para que el sexo opuesto pudiese continuar en esa actitud egoísta, sería preciso que hubiese predicado con el ejemplo de su austeridad. Pero si advertimos el espectáculo fácilmente apreciable de la inversión de los métodos éticos y estéticos de que una gran parte de los hombres dan pruebas, y, además, ante la franca repugnancia que ello inspira a la mujer, ¿no es el bello sexo el que se ha apoderado de las riendas de la nueva moral, imponiéndose en una competición franca y triunfadora en todos los órdenes de la actividad? ¿Qué puede ocurrir, entonces, en el orden estrictamente sexual?...

Yo creo que esa desenvoltura femenina que unos condenan y otros aplaudimos sin reservas, esa *sans façon,* esa elegancia moderna y, ¿por qué no decirlo?, esa afición al deporte, al aire libre y al agua, ¿no constituyen, acaso, un cúmulo de circunstancias que se condensan en la más fuerte conquista?...

No vamos a decir que la deformación del impulso sexual sea un producto exclusivo de la época, puesto que estas interpretaciones viciosas se han sucedido en todos los tiempos de la Humanidad. Pero lo que sí hemos de asegurar es que en los tiempos presentes estas tendencias son más manifiestas y bastante más visibles, especialmente en el hombre, que no se recata de dar satisfacción a sus vicios, sin importarle un ardite la propia estimación.

La mujer, naturalmente, ve con desagrado esta orientación equívoca del sexo contrario, y como si un oscuro mandato biológico presidiese los actos del sexo femenino, yo creo sinceramente que la actitud sexual de la virgen moderna es como una defensa instintiva, puesto que no la advierte en todo su valor, para oponerse, en cierto modo, a la desaparición de la especie.

Antiguamente, cuando la educación y las normas teológicas y familiares establecían una separación evidente entre los dos sexos, la mujer era difícilmente asequible al hombre, por lo menos como instrumento adecuado para saciar su erotismo. Yo opino que entonces hubiera sido más oportuna la actitud del hombre en cuanto a la exteriorización pública de sus tendencias homoxesuales, lo que, a pesar de todo, se hubiera podido estimar como una protesta hacia la posición antibiológica de la mujer. Pero actualmente no ocurre lo mismo, y creo que, ni más ni menos, se han invertido los papeles. Ahora es la mujer la que conquista al hombre, por esa razón biológica que apuntamos.

No cabe duda que el refinamiento que en las artes de seducción emplea la mujer hoy día, no se encamina hacia otro fin que a captar la máxima atención del hombre. Claro es que si estimamos el factor pudor como el más poderoso atractivo sexual de la mujer, nos es permitido afirmar que la fuerza de este recurso va siendo casi completamente nula. Ahora bien, pese a esta nueva modalidad de la actitud femenina, la mujer se manifiesta infinitamente más asequible y fácilmente conquistable que lo eran sus abuelas e incluso sus madres, puesto que los comienzos de esta revolución apenas si datan de más años que los que han transcurrido desde principios de siglo y que tuvieron una explosión violenta al comienzo de la Gran Guerra.

La mujer desdeña el severo valor tradicional de su virginidad, porque sabe que la observancia estricta de estas leyes constituye a veces un obstáculo insuperable que el hombre no se resuelve a vencer. Por eso el *flirt,* con las consecuencias casi naturales de la pérdida del detalle anatómico, es, como si dijéramos, la base esencial de la defensa biológica del sexo que ya no puede soportar el peso inaguantable que supone esa castidad impuesta a todo trance por las leyes de los hombres y no por las de la Naturaleza, en cuyo caso el prestigio de su respetabilidad ya sería bastante para hacerlas inmutables.

Un célebre sociólogo americano, el profesor Calverton, en su acabado estudio sobre el derrumbamiento del matrimonio en su acepción tradicional o histórica, analiza los nuevos aspectos de la moral sexual, haciendo muy atinadas observaciones acerca de la posición de la mujer en su actitud de rebeldía por las normas arcaicas en que se ha desenvuelto hasta ahora la moral del mundo.

No negaremos que Calverton se sitúa en un plano ciertamente local al referirse a la cuestión, tomando como base las reacciones observadas entre la juventud de los Estados Unidos; pero pese a ello, justo es reconocer que la exportación de estas teorías se recibe con agrado universal, siendo el principal vehículo el cinematógrafo, que nos brinda modalidades y aspectos que si antes escandalizaron a los timoratos, ahora parecen encajar de lleno en las corrientes de la evolución.

Dice el citado sociólogo que en este vertiginoso afán de transformación han sido sacrificados todos los frenos y todas las restricciones. Las inhibiciones en otro tiempo indispensables a la virtud femenina han pasado a ser objeto de las más crueles burlas.

"La antigua santidad del matrimonio—añade—ha sido ridiculizada con agudezas del ingenio y satirizadas por todas partes. Las excitaciones y los placeres sexuales se han convertido en experiencias que deben anhelarse y no constreñirse. La *flapper,* o sea la semivirgen, se deja devorar por ellos. Su repetición avalora la vida. Los viejos convencionalismos que separan a los sexos, han sido destruídos. El viejo vals se ha rendido ante el nuevo *jazz.* En lugar de la solterona ha brotado la muchacha soltera. Está desnuda de espíritu, igual que de cuerpo. En vez de esconder los tobillos, descubre las rodillas. En vez de usar corsé, acentúa su descote. En lugar de la vieja literatura moral, devora la nueva literatura emancipada. La literatura de hoy ha vuelto a una pasión, a una sensualidad que sólo encuentran un pálido reflejo en la poesía de Rosetti

y en la prosa de Ruskin. La sensualidad de hoy deslumbra a los jóvenes con sus sentimentalismos salaces y sus tonos melodramáticos. La castrada literatura de las generaciones precedentes ha pasado ya a formar parte de una tradición anémica y disecada.

"En todo Occidente ocurre la mismo. La nueva muchacha, con su falta de respeto por los ideales de sus predecesores, y el joven moderno, con su despreocupación por las viejas responsabilidades, su desdén por el matrimonio y su menosprecio de la virtud, han nacido ambos, en la furia de su rebeldía, en los días de la guerra mundial y en los que les han seguido inmediatamente."

En contraste con las afirmaciones precedentes, el tratadista se ocupa de la moral de América de hace un centenar de años, y al efecto reproduce los siguientes párrafos de una obra de Mrs. Trollope que hace varios retratos de las damas yanquis, trasunto fidelísimo de la vieja moral.

"En Cincinnati—escribe—hay un jardín adonde va la gente a tomar helados y a contemplar las rosas. Para la conservación de las flores han colocado al final de uno de los paseos, en el que se representa, pobremente dibujada, a una campesina suiza sosteniendo en la mano un rollo de papel con la súplica de que no se cojan las flores. Por desgracia para el artista, o para el dueño del jardín, o para ambos, la falda de la figura era tan corta que permitía ver los tobillos. Las damas repararon en ello, y se escandalizaron. El dueño del jardín recibió la intimación formal de que, si quería contar con la protección de las damas de Cincinnati tenía que hacer alargar la falde a esta figura. El aterrado proveedor de helados mandó en busca del artista y de su pintura. Este se presentó, pero desgraciadamente sin ningún color que coincidiera con el de la falda. Sin embargo, la urgencia no permitía ninguna demora, por lo que se añadió un zócalo azul a la roja falda, lo que servía para proclamar clara y brillantemente ante todos los hombres la inmaculada delicadeza de las damas de Cincinnati."

Asimismo, al hablar de una jira campestre a una señorita norteamericana, Mrs. Trollope consigna la típica respuesta:

"Me temo que no lo consiga usted. Aquí no estamos acostumbrados a esas cosas, y puedo asegurarle que se considera una gran incorrección que las señoras y los caballeros se sienten juntos en la hierba."

Estos ejemplos de actitudes y costumbres en los Estados Unidos podrían multiplicarse hasta lo infinito con auxilio de la literatura del pasado siglo.

Mientras los hombres han podido siempre "correrla" antes del matrimonio, el concepto moral de la castidad prenupcial negaba, hasta ahora, este privilegio a las mujeres. Sin embargo, con la rebelión de la juventud y el entusiasmo emancipador de la nueva moral, este estado de cosas ha variado. El "correrla" ha dejado de ser prerrogativa exclusiva del hombre.

Así lo ha confirmado Alyse Gregory al escribir acerca de la nueva moral de las mujeres:

"Por desagradable que pueda ser reconocerlo, las mujeres empiezan también a "correrla"... Muchachas bien educadas, de respetables familias de la clase media, han roto las cadenas invisibles de la costumbre y han afirmado su derecho a una vida despreocupada y autónoma, con un cigarrillo después de cada comida y un amante para pasearse por las noches y dar colorido a la vida. Si las relaciones se hacen más íntimas de lo que tales lazos suelen ser, nada puede poderse sin lo que la muchacha pueda pasarse. Su patrono no le interroga sobre su vida fuera de la oficina. Ella cobra su sueldo a fin de mes, y no pide otra recompensa a su amante que su amor y su compañía.

"No obstante—prosigue Calverton—, lo importante no es sólo que las muchachas empiecen a correrla, sino también que suelen verse obligadas a ocultárselo a sus mayores mediante estratagemas y subterfugios que van en su propio daño y detrimento. Sin embargo, ciertas formas de expresión sexual que antes estaban prohibidas, se han vuelto ahora corrientes en vez de excepcionales. El besar, por ejemplo, que antaño empezaba sólo con el gesto de los esponsales, se ha convertido ahora en un notorio pasatiempo. El abrazo es ya una práctica aceptada."

Dice también que un factor importante en el desarrollo de la nueva moral y en la decadencia del matrimonio moderno lo ha sido la perfección de los modernos contraconceptivos. "Este progreso ha venido a reforzar en buena parte la rebelión femenina contra la vieja moral. Ni siquiera la independencia económica de la mujer moderna hubiera podido establecer la nueva moral, con su desprecio por la castidad como componente de la virtud femenina y su defensa de una actitud más libre hacia las relaciones y alianzas sexuales, si el peligro del embarazo subsistiera. La juventud femenina no hubiera

llevado su rebelión tan lejos de haber sido inevitables las graves consecuencias de la concepción.

El invento de los modernos contraconceptivos—y en menor grado, la profilaxis moderna—, es lo que ha prestado una energía y una seguridad crecientes a la rebeldía de la juventud. La nueva moral y la difusión de los contraconceptivos guardan una estrecha relación. Esto no quiere decir que la rebelión de la juventud y la aparición de la nueva moral hayan sido motivadas por la existencia de métodos contraconceptivos, sino que la existencia de esos métodos ha contribuído al progreso de esas nuevas actitudes, permitiendo una protección contra aquellas consecuencias que podrían suscitar el ataque de la costumbre y de los convencionalismos."

También se ocupa de los aspectos de la nueva moral en Alemania, diciendo que es posible asegurar que Alemania representa este tránsitio en una forma más interesante. "En la Rusia soviética, donde la nueva actitud cuenta con la sanción del Estado, el caos de la transformación es más bien de índole individual que social. En Alemania, este caso es social a la vez que individual, y, sin embargo, de aquí ha salido la juventud alemana, que imprime cierto idealismo a la sublevación, esforzándose por considerar sus propios actos con sinceridad y exponiendo sin temor las exageraciones de su actitud.

"En Alemania, lo mismo que en otros países, las modificaciones acaecidas en la vida social y económica, la decadencia de la religión, la disolución del vínculo matrimonial y la nueva actitud de la mujer han originado una profunda transformación de la perspectiva moral. Con la decadencia de la religión como ideal, los temores morales que ésta ha introducido en la civilización se han debilitado, si no desaparecido. La juventud ha informado al mundo de que la amenaza de la condenación eterna ya no tiene tanta fuerza como la seducción del éxtasis momentáneo."

A este propósito, M. Joad dice: "Si el matrimonio no ha sido hecho por Dios y los tormentos del infierno no son probablemente el castigo del adulterio, ya no hay motivo para pensar que cinco minutos de embeleso hayan de costar la condenación eterna. Cierto es, sin duda, que Dios ama todavía a los puros; pero cuando los amores terrenales están al alcance de la mano, acaso no valga la pena pagar el precio del amor de Dios."

En estas palabras encontramos clara e ingenisomente expresada esta nueva actitud. La tonante cólera del Dios de los puritanos ya no amedrenta a la juventud de hoy, que ha convenido una especie

de paz con dioses más próximos a los deseos de su cuerpo y a las tendencias de su época.

"En la juventud alemana esta redención ha sido conseguida por medios notablemente interesantes y esclarecidos. Pocos movimientos de la vida moderna resultarán de tan extraordinaria trascendencia para las generaciones futuras. Se ha conseguido crear un sentimiento de solidaridad, que casi raya en la colectivización del impulso, lo que encierra un gran significado en la escala de las relaciones morales y sociales. La juventud alemana, como la juventud de Rusia, ha acabado ya en gran parte por "considerar las relaciones sexuales, los abortos y el amor con la franqueza de los médicos" (1).

La juventud alemana no flirtea en la quietud de las tinieblas, sino que ha lanzado su desafío con toda claridad, a la luz del día. No se ha dedicado a efectuar matrimonios de compañía en secreto para negarlos en público. Ha buscado su salvación y redención de las viejas estupideces más bien en la franqueza que en el engaño.

Hoddan, en su libro *El problema erótico,* asegura: "La redención sólo puede hallarse en el reconocimiento de la vida con todas sus manifestaciones. Lo que presta valor a la vida es la pasión con que la vivimos, es la intensidad de las experiencias de que está formada. Ya sé que voy a ser mal comprendido. No faltará quien interprete mi deseo como el de un degenerado, como el ansia de libertad de un cínico. ¡Cuán poco saben esos necios del fuego que alienta en nuestra juventud! Todo el que tenga el más ligero atisbo de las posibilidades que aquí se esconden, sin desenterrar todavía, no puede por menos de desear que los últimos atavismos que vinimos arrastrando desde remotas edades desaparezcan ante Eros, que la vida sea vivida tal cual es, porque tal cual es la queremos."

Una mujer, Isabel Busse-Wilson, escribe: "Ahora no hay seductores ni seducidas. La muchacha que da amor por amor, que entrega su amor sin esperar compensaciones ulteriores, ya no constituye un *tabú.* A decir verdad, repugna al sentimiento de la muchacha corromper la tensión emotiva con las frías exigencias de los códigos y de las compensaciones.

"La juventud moderna no considera el amor físico como una satisfacción corporal de ínfimo orden, como una mera función animal, sino como una experiencia espiritual. Ha descubierto un nuevo

(1) Véase en el volumen VI, el capítulo titulado *El amor libre. (Nota de editor.)*

respeto ante el acto sexual, que santifica la experiencia amorosa en sí. Lo sexual ya no es calificado de "malo" ni precisa de ninguna justificación teológica. El amor no persigue otra "finalidad" fuera de sí mismo. Sin embargo, el sexo no puede satisfacerse sólo, prescindiendo de la existencia espiritual. Fundamentalmente, no hacía falta ninguna ética "nueva" para provocar la rebelión de la joven generación contra la vida sexual burguesa; pero sí era necesaria para librar al amor de sus cadenas."

Por último, antes de la consideración final que todas estas ideas nos sugiere, veamos lo que dice el citado autor acerca de las costumbres sexuales, que en estos tiempos como en los antiguos han presentado grandes fluctuaciones. "El concepto de la castidad ha sido aducido con frecuencia como algo que todas las morales han defendido. Esto no es más que una nueva tentativa por adaptar los hechos históricos a las predilecciones de uno. Semejante pretensión es esencialmente falsa. Entre los pueblos primitivos la castidad suele ser considerada como un vicio y no como una virtud. Entre los masamonianos era costumbre que la novia se entregase a todos los invitados a los esponsables antes de recibir a su marido. Herodoto describe esta costumbre en los siguientes términos:

"Cuando un masamoniano se casa, es costumbre que la novia se acueste la primera noche con todos los invitados, por turno, y cada uno de ellos, al tener trato con ella le hace entrega del presente que le ha llevado."

Pomponio Mela aseguraba que cuantas más relaciones sexuales de esta naturaleza tenía una mujer en su noche de bodas, más honores le cabían. Comentando las costumbres de los antiguos habitantes de las islas Baleares, Diodoro escribía:

"Siguen una extraña costumbre en sus esponsales, pues la noche de la boda los amigos e invitados más viejos yacen primero con la novia, y luego los demás, por orden de edad. El novio es el último admitido en este honor."

Todavía hoy subsiste esta costumbre entre los habitantes de ciertas comarcas de casi todo el mundo incivilizado, y hasta hace poco, en algunos puntos de Inglaterra e Irlanda. En estas sociedades primitivas lo importate era la fertilidad, y no la virginidad.

El temor a la hemorragia que acompaña al desfloramiento era quizá la principal razón del desprecio en que se tenía a la virginidad. La virginidad suele ser causa de grandes temores supersticiosos. Muchos pueblos, por ejemplo, favorecían las relaciones precoces para evitar

el estigma de la virginidad. En Egipto la muchacha tenía que perder su virginidad en relaciones sexuales promiscuas antes de la pubertad. Entre los *basoga-batamba,* de Uganda, la virginidad en la mujer que ha llegado a la edad de casarse es considerada como un crimen. Entre los *bushango* el objeto de una muchacha después de haberse casado es tener frecuentes relaciones con muchos hombres para facilitar el embarazo. La consecución de esto complace a su marido, porque es una prueba definitiva de que no es estéril.

Los indios del Canadá estaban tan imbuídos de la misma idea, que una muchacha embarazada tenía el mayor de los atractivos para los hombres que deseaban casarse. En las Filipinas, los *bisayos* se burlan de sus mujeres cuando las encuentran vírgenes. En el Niger predomina esta misma actitud entre los *kajes.* Allí una virgen sólo puede pedir el precio de una cabra. En cambio una muchacha que ya ha tenido un hijo vale tanto como un caballo. En el Congo la mujer virgen vale la sexta parte de la que ha tenido algún hijo. En Nueva Zelanda las mujeres son consideradas dichosas porque nunca han conocido la virginidad, ya que tienen relaciones amorosas con los muchachos casi desde la cuna. Esta tendencia a las relaciones libres desde la infancia puede observarse en la mayoría de las tribus primitivas y en muchos pueblos antiguos.

Sólo en ciertos sitios, donde la virginidad va asociada al valor de la propiedad, es refrenada esta libertad general por una costumbre económica. Es curioso que la virginidad sea guardada singularmente en los puntos de Africa en la que más profunda influencia ha tenido la trata de esclavos. Y donde quiera que la virginidad se conserva se hace por su valor económico y no por ninguna virtud moral.

Con la exaltación de la virginidad va asociada la esclavitud de las mujeres. La virginidad tiene un valor para el hombre que vende a la mujer o que compra a la esposa. No es la mujer la que se beneficia con el caudal económico que su virginidad encierra, sino el hombre. Entre los chinos, por ejemplo, donde la pureza femenina ha alcanzado caracteres sublimes, la mujer no ha conocido la libertad sino como un concepto extraño. Pero mientras el suicidio en defensa de su virtud es un rasgo no poco frecuente de la mujer china, los hombres se permiten numerosas libertades sexuales, aprobadas todas ellas por la costumbre. Adquieren la propiedad de "pequeñas esposas" a la vez que de su "gran esposa". Frecuentemente se emplean esclavas para ofrecer una diversidad mayor de emociones a los

deseos eróticos de su amo. Y la costumbre de facilitar prostitutas para el deleite de los amigos es una práctica frecuente entre los mandarines. Sólo la mujer se ve obligada a proteger la pureza.

Pero entre los pueblos en que dominan las mujeres no las vemos esclavizadas de este modo: desdeñan estas virtudes por insensatas y antinaturales."

Después de las apreciaciones de Calverton y de la coincidencia de otros autores no menos célebres en el análisis del problema, sólo podemos decir que la revolución de los métodos usuales tradicionales ocupa la atención en aquellos países en los que el grado de civilización "racional" ha alcanzado el extremo más avanzado. Se tiende a demostrar que la relación entre las cuestiones del sexo y el complejo moral en los demás aspectos de la sociedad no tiene razón de ser. Parece como si volviendo por los fueros de las leyes naturales, los pueblos buscasen sólo los puntales de su emancipación auténtica, prescindiendo de la inútil y perjudicial oposición de los prejuicios que siempre dificultaron la evolución biológica de las razas sometidas a sus dictados.

La función del sexo debiera estar rodeada de las correspondientes garantías autónomas, sin someterse a otras leyes que las naturales de la selección. Rusia está dando el ejemplo más concluyente que ha presenciado la Humanidad desde que apareció sobre la Tierra el primer hombre.

Ya hemos visto que los motivos que no sólo incitan, sino hasta que obligan a perder a una doncella ese tesoro hiperbólico de la virginidad, son tan abundantes como insoportables.

El doctor Löbel dice que los caníbales son los mejores conocedores de los hombres, y en esto nos parecemos a ellos, puesto que la virginidad intacta es todavía el ideal que nos obstinamos en perseguir, a pesar de todo el espíritu de conformidad de que nos creemos animados.

Y esto no es por otra cosa, sino porque el hombre necesita tener garantías. Opinan muchos hombres que el matrimonio es mucho más llevadero y ofrece menos peligros de disolución por parte de la mujer cuando no hay miedo a que alguna vez ella se permita esbozar comparaciones, siempre molestas, con los que anteriormente hubiesen podido poseerla. Fundamenta la firmeza de su bienestar cuando ha adquirido la seguridad de que no es posible la competencia con ciertas evocaciones, pensando que si ha sido el primero, también será el último.

Pero en contraste con esta plácida disposición del enamorado esposo, la novia de los tiempos que corren se sonríe del valor de estas conformidades convencionales y estúpidas. Claro es que no pueden compararse con aquellas otras novias de las que el buen San Jerónimo decía: "Porque algunas son vírgenes, según la carne, pero no según el espíritu; su cuerpo está intacto, pero su alma está corrompida."

Aunque en Rusia se han revolucionado todos los métodos burgueses en una conmoción que apenas duró un año, la mujer rusa no podía compararse con la que habita la parte meridional de Europa. "Las mujeres rusas—decía Claude Anet—, empiezan donde las nuestras terminan: con la concesión." En efecto, lo que entre nosotros constituye el fin, allí no es más que el principio, empezando la verdadera conquista cuando la vida sexual llega a la plenitud de las relaciones. Entonces es cuando los amantes empiezan a conocerse, puesto que es sabido que, sobre todo en el hombre, sus virtudes conyugales no se manifiestan siceramente más que cuando el deseo, causa probable de la coyunda, se ha llenado de todas las fragancias anheladas. Mientras esto no se consiga, la esperanza de obtener lo que tan celosamente guarda la mujer para el día de la sanción oportuna, hace del hombre un ser convencional e inculca en su moral o en sus procedimientos el falso espíritu de una conducta adaptada a la finalidad de conseguir lo que tanto desea.

¿Y por qué no hemos de decir otro tanto de la mujer?... Ella también tiene sus aristas de carácter y sus enigmas indescifrables siempre, aunque menos oscuros cuando la vida sexual la ha vuelto un poquito más razonable.

Los americanos, los jóvenes alemanes y hasta los franceses, se creen que han realizado un descubrimiento original con el "matrimonio de prueba", y la creencia, como vemos, no puede ser más falsa ni estar más falta de fundamento: el matrimonio de prueba o de ensayo, creo que, de todos los países civilizados, Rusia fué la cuna de la innovación, como si un remoto presentimiento avisase a sus protagonistas de que algún día habría de ser su país el que impusiese a todo el orbe las pautas severas de una nueva y vigorosa civilización fundida en los crisoles más naturales.

Es posible que en Rusia se proclamase a voces el rol importantísimo que la virginidad de la mujer había de desempeñar en la moral de las costumbres; pero es bien seguro que, *sotto voce*, se hacía todo lo contrario. Y conste que los matrimonios hechos "a prue-

ba", rara vez iban con chismes ni cuitas a los magistrados de los Tribunales del divorcio, porque antes tampoco fueron a pedir la bendición sagrada de los popes...

De Rusia a Occidente no hay una gran distancia, por lo que creo que las occidentales están bien enteradas de la conducta de sus congéneres eslavas, a las que, a pesar de todo, tratan de imitar, si bien alterando un tanto los métodos, puesto que tras del resultado de la primera prueba, niño o niña, ha de sobrevenir el hecho inevitable y desdichado del matrimonio efectivo, que no tendría lugar sin el dato imprescindible de las consecuencias demográficas. Simplificando: la meridional, al menos en las clases burguesas, anhela más que la hagan un hijo como resumen de la prueba, que satisfacer el hambre de su sexualidad. Mientras el hombre se preste al juego, pueden los biólogos expresar su complacencia...

Dice Löbel: "El hombre de nuestros días no da tanta importancia al hecho de ser el desflorador, como al de ser el mejor contrincante en las lides sexuales, no preocupándole nada el individuo que le precediera. Le importa mucho más borrar todo lo anterior radicalmente, que su recompensa sea una devoción perfecta por parte de la mujer. Su ambición, sueño dorado, es no conquistar la virginidad física, sino la espiritual."

Pero vamos a discutirle esto al sabio catedrático de Franzenbad, ya que no nos es posible admitir su criterio hermético en un sentido tan universal como el que prentende dar a sus observaciones. Puede ser un buen psicólogo del matrimonio, pero no tanto en la misteriosa ciencia de la psicología sexual, en cuyo terreno se nos brinda para la réplica.

En el aspecto conyugal legal, esto es, religioso, convencional, de perfecta estimación pública, o, en resumen, tradicional, no habrá un solo hombre que atribuya más importancia a su sapiencia o a su destreza en lides sexuales que a la autenticidad virginal de su esposa. Decir esto equivale a tanto como querer demostrar que el hombre actual se ocupa más de la erótica de su mujer, de satisfacerla plenamente como base indestructible de su felicidad, de causa sexual esencialmente, que del convencimiento de que actúa en un campo ya explotado. Por otra parte, sería preciso, para admitir la definición de Löbel, que todas las mujeres poseyesen un temperamento ardiente que equivaliese a una razón fundamental de la existencia. Y esto, no se si desdichada o afortunadamente, puesto que va en gustos, no sucede así.

Si el hombre no fuese por naturaleza un animal sociable, nos quedaría el recurso de argumentar con la base de una existencia aislada de toda relación social, para dar la razón al sabio profesor.

No sé por qué patrón habrá medido Löbel al hombre "de nuestros días" para atribuirle ese altruísmo idealista, cuando asegura que le importa borrar todo radicalmente a cambio de la devoción perfecta por parte de la mujer. Entre los meridionales, no sucede así; y aquél que no esté de acuerdo conmigo, que levante el dedo...

Puede ser, sí, que le preocupe más conquistar la virginidad espiritual que la física; pero esto, con ciertas reservas. Los meridionales de nuestros días, que por cierto no se distinguen por sus conocimientos de fisiología sexual, tampoco saben de psicología una sola palabra. Esto produce la consecuencia inevitable de que no sepan desvincular el signo físico del concepto espiritual. Y digo "no sepan", y está mal dicho: mejor es, "no pueden", como reflejo exacto de la realidad indiscutible. ¿Habremos de repetir lo que ya hemos dicho tantas veces al hablar de este aspecto de la sexualidad?

Un marido, al cabo de algún tiempo de relaciones con su esposa, que sabe no fué desflorada por él, es fácil que olvide el hecho intrínseco bajo las inspiraciones sinceras de una pureza de alma que muchos años o toda la vida de matrimonio puede subsistir íntegra en la mujer amada; pero de momento, antes de la boda y aun durante el tiempo siguiente hasta que el convencimiento de la pureza no esté bien arraigado en su ánimo de esposo, no podrá sustraerse al doloroso recuerdo de que, según el anatema social, su mujer fué la querida de otro. Por lo menos, necesitará poner tierra de por medio, entre el lugar del accidente y el del posible teatro de las ulteriores consecuencias de su independencia de espíritu. Y repito que hablo de los meridionales.

Ya prescindo de todo cuanto he dicho del himenólatra, del entusiasta de la desfloración: me refiero al hombre noblemente orientado, pero que, pese a su buena orientación, no olvidará o no prescindirá, como queramos decirlo, de una evidencia que aún puede ser testificada.

Tampoco es cierto, como Löbel dice, que el hombre civilizado prefiera a la mujer virgen; el incivilizado, el salvaje, ya hemos visto que sí; pero es de tener en cuenta que entre dichas gentes la moral no tiene nada que ver con la práctica sexual de las mujeres solteras.

Si Löbel se refiere única y exclusivamente a las relaciones carna-

les, pero sin acordarse para nada del matrimonio legal, es fácil que el soltero, que sólo busca objetos cómodos y sugestivos para satisfacer su impulso sexual prefiera a la mujer mejor que a la virgen, puesto que el acto se presenta más fácil, y ausente por completo de riesgos graves, como pudiera ser el matrimonio o la paternidad responsable; es innegable que para esta clase de relaciones, cuando no se llevan fines de legalizar la unión, la soltera no sirve. Pero que garanticen al hombre su libertad de acción, y entonces veremos si esa especie de anarquía sexual no se orienta en el grato y encantador camino por donde las vírgenes o semivirgenes dicurren.

Pretende el citado profesor robustecer su tesis diciendo: "que los hombres desean una compañera a la que no haya de dar previas lecciones y que disponga de un buen caudal de experiencias para elegir con conocimiento de causa".

Entonces, ¿en qué quedamos? ¿No aseguraba hace unas líneas que lo que más le interesa es ser el mejor, para que su recompensa "sea una devoción perfecta por parte de la mujer?..." No lo comprendo. De lo que no me cabe la menor duda es de que si la virgen nada sabe sobre cómo y por qué ha de profesar al hombre esa "devoción perfecta", es más fácil que—aparte de la imposibilidad de esas probables comparaciones, que siempre han de parecer odiosas—, consciente de que él es el primero que deshoja la flor, el primero que cultiva el campo completamente virgen, esté en inmejorables condiciones para establecer sus métodos originales o no, pero inéditos, al fin, para la mujer a quien se ha unido con unos vínculos u otros.

Esa mujer experimentada, o es una prostituta o nada le falta para serlo. Y los encantos que una mujer de esta clase puede ofrecer a un hombre que aspira a esa gratitud de la carne satisfecha, pueden ser muchos, sí; pero es que acaso no den lugar al caprichoso a poderla enseñar nada original o nuevo.

No obstante, dentro de muy poco tiempo, los hombres habrán de *conformarse* con las teorías de Löbel, porque al paso que las cosas marchan, si yo prosigo en mi actitud, el profesor de Franzenbad habrá resultado un vidente, y yo no pasaría de ser un visionario... Creo que, al fin y al cabo, Löbel se cura en salud.

INDICE

Páginas.

PROLOGO DEL TEMA 5

LOS ENTUSIASTAS DE LA VIRGINIDAD

El himenólatra y su doctrina.—Psicología del himenólatra.—Las teorías de Coutts.—Biología y ley natural.—Selección artificial.—Frenos del instinto.—El ejemplo animal.—Culto a la virginidad.—Atracción erótica del himen 7

CONTRA LA INCOMPRENSION, EL FRAUDE

Glorificación de la virgen.—El desprecio a la mujer.—El instinto sexual.—Casos demostrativos.—Impulso sexual en la mujer.—Igualdad de derechos sexuales.—Instinto de reproducción.—La moral exige el fraude.—La investigación del novio.—Enseñanzas provechosas.—Un consejo.—La mujer se defiende.—Hombre y mujer.—Las armas de ella 15

LOS REMEDIOS ANTIGUOS...

Posibilidad de imitación.—Importancia de la apariencia.—La desfloración clínica.—Las primeras teorías.—¿Desaparecerá el himen?—Consejos de un tratadista antiguo.—Tres cualidades.—Recetas.—La sorpresa del baño.—La sangre de cordero.—La receta del médico italiano.—Para reducir los pechos.—El viejo remendador. 25

... Y LOS FRAUDES MODERNOS

El material moderno.—Consideraciones generales.—La defraudación y el médico.—El método más vulgar.—Secretos de tocador.—La tintura de benjuí.—Acidos astringentes.—Los vapores de cal.—Las indias brasileñas.—Propiedades del "mático".—La "ratania".—Los indios "karajas".—El árbol de la quina.—Vírgenes del Senegal.—Cómo recobran la virginidad.—Annamitas y tonkinesas.—El anacardo y el carambolo 35

EL FRAUDE EN SU ASPECTO PSIQUICO

Lo que exige el hombre.—La astucia femenina.—El donjuán.—¿La moral?—El placer de la venganza. La fuerza de la razón.—Un ejemplo.—La ex virgen histérica.—El caso Lagriffe.—Las que mejor enga-

Páginas.

ñan.—Dificultades que se oponen a la investigación.—La comedia.—Resistencia instintiva y consciente.—El juego del fraude.—La "virgen gaucha". Psicología femenina 47

LOS ASPECTOS DEL "FLIRT"

El "flirt" y la pérdida de la virginidad.—Su gravedad.—Sus formas.—En Norteamérica.—Opresión y reacción.—La nueva generación.—Desestimación de la virginidad.—¿Con quién se practica el "flirt"?—Estudio psicológico.—El accidente.—La máxima prueba.—"Flirt" conyugal.—Actitud de la mujer.—Los "cines", centros del "flirt".—Modalidades.—Un caso célebre 63

LOS PUEBLOS FRENTE AL FRAUDE

La condenación de la ex virgen.—Influencia relativa de la civilización.—Actitud de los georgianos.—La venganza del esposo.—Los "wapokomos".—El predominio de la mujer.—Sanciones de los araucanos.—Los "pieles rojas".—Juego de excitación.—Los hebreos.—¿Son todas vírgenes?—Los marroquíes.—Diferencias de apreciación 71

LA NUEVA MORAL SEXUAL

Bases que se derrumban.—La inversión de los métodos.—La muchacha moderna.—La seducción.—La mujer, ataca.—Orientaciones.—La vieja moral.—Rebelión femenina.—En Alemania.—La castidad antigua.—Costumbres matrimoniales.—El desprecio hacia las vírgenes.—Independencia entre el sexo y la moral.—El matrimonio de prueba en Rusia.—Su utilidad.—Una opinión inadmisible.—Las dos virginidades.—La anarquía sexual.—Diferencias de apreciación 79

PAUTA DE LAMINAS

Páginas

LAMINA I

A. Indios brasileños del Paraná.—B. Indias de la misma región, catequizadas por las misiones..... 16

LAMINA II

A. Muchacha "karaja".—B. Dos jóvenes "karajas"..... 17

LAMINA III

Muriel Evans, actriz de la "Metro" 32

LAMINA IV

A. Una plácida belleza circasiana.—B. Matrimonio árabe recién casado..... 33

LAMINA V

A. Belleza araucana.—B. Médico araucano..... 48

LAMINA VI

Jefe "dakota-sioux" 49

LAMINA VII

Mujeres hebreas 64

LAMINA VIII

Novia musulmana en traje nupcial 65